

ATAÚD EN LLAMAS

Gabriela Ruiz Agila

Testimonios de escritores
en el Guayaquil de la pandemia



Para Rocío y Carlos
que gobiernan la luz
y sostienen mi casa

UNIVERSIDAD DE LAS ARTES
Rectora: María Paulina Soto Labbé
Vicerrector de Investigación y Posgrado: Alfredo Palacio Paret

Ataúd en llamas
Testimonios de escritores en el Guayaquil de la pandemia

Autora: Gabriela Ruiz Agila

COLECCIÓN TERRITORIOS
D. R. © Universidad de las Artes
D. R. © de los autores
Septiembre, 2020

ISBN 978-9942-977-29-8

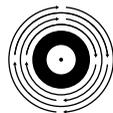


Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-
No Comercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Artes
EDICIONES

Director: José Miguel Cabrera Kozisek
Diseño y maquetación: José Ignacio Quintana
Corrección de textos: Marelis Loreto Amoretti

Mz14, Av. 9 de Octubre y Panamá
Guayaquil, Ecuador
editorial@uartes.edu.ec



**mecánica
giratoria**

MECÁNICA GIRATORIA
Editora: Lucía Moscoso
Portada: Jaime Hidalgo Maldonado
Mapa: Braulio Hidalgo y Costilla
Fotografía: Vicho Gaibor
Quito, Ecuador
mecanicagiratoria@gmail.com

Gratitud a quienes me contaron su historia

Gratitud a quienes intentaron decirla

Gratitud por siempre a Guayaquil

Índice

José Miguel Cabrera Kozisek y Lucía Moscoso Rivera Introducción	5	Laura Nivelá Cuando se quema Guayaquil, se quema una parte de nosotros	55
Mónica Ojeda Prólogo	9	Tatiana Landín Despedida sin abrazos	59
Gabriela Ruiz Agila Guayaquil, una pesadilla posible	11	Diego Zaldumbide Un escritor no le teme al silencio	62
María Paulina Briones El olor putrefacto del Estero	20	Andrés Emilio León Cierra los ojos y pide un deseo	65
César Eduardo Galarza Las noticias de mi madre	23	María Cecilia Velasco Ruego por que dejen de sonar las ambulancias	68
Clara Medina Rodríguez Media docena de pésames al día	27	Cristian Avecillas El apocalipsis se ensañó con Guayaquil	71
Juan Carlos Cucalón Pido perdón por escribir desde el paraíso	30	Siomara España La colmena vacía	75
Francisco Santana Guayaquil es una quinceañera con el dedo podrido	35	Amanda Pazmiño Un estado de quietud	79
Alice Goy-Billaud Mi pequeño acto de rebeldía	38	Solange Rodríguez Padre, qué afortunada soy de que hayas muerto hace un año	83
Nicolás Esparza Un cadáver tirado en la esquina	41	Steph Apolo Estamos aprendiendo a mirar	86
Jéssica Zambrano Alvarado Guayaquil, la ciudad sumergida	45	Marcela Noriega La cuarentena no nos impacta	91
Carlos Luis Ortiz Guayaquil está huérfana de autoridades	49	Gustavo Calderón Jugar a vencer	94
Luis Carlos Mussó Esta noche de incubación pulmonar	52	En su memoria	98

INTRODUCCIÓN

El método de escucharnos

Estamos ante un libro de crónicas que no pretende ser tan solo un testimonio de la pandemia que ha tocado la vida de todo el mundo este 2020, sino que responde a una acción o acto vital para su autora, Gabriela Ruiz Agila, poeta y periodista quiteña, quien ejerce la crónica en medios independientes desde hace varios años con un compromiso político de resistencia a través de la palabra. Se deben leer estos textos como una protesta frente al abandono del Estado y a los discursos oficiales sobre la emergencia sanitaria, discursos con los que las historias individuales e íntimas que conforman esta obra discuten y se enfrentan constantemente. Son relatos que se levantan frente al silencio y a la censura.

La producción de estas crónicas ha ocurrido de forma caótica, tal como hemos vivido la pandemia de COVID-19. De marzo a mayo, las notas de voz, los mensajes de texto y los correos electrónicos viajaron de ida y vuelta entre los veintidós escritores entrevistados y la autora, quien partió de dos preguntas tan cotidianas y básicas pero tan urgentes y profundas en su momento: ¿Cómo estás?, ¿cómo está tu familia? Respuestas veloces, pausas largas, conversaciones permanentes que se dieron entre la risa y el llanto, entre el pudor y la angustia, entre el miedo y la necesidad de hablar. Si queremos explicar una metodología, sería esta, la de escuchar.

Escuchar al punto de crear voces en simbiosis. Porque estas historias, escritas por Gabriela Ruiz, narran en primera persona lo que han vivido distintos poetas y narradores en Guayaquil a partir de un encierro que iba a durar dos semanas

y que a la fecha de la publicación de este libro —cinco meses después— aún no acaba. Hablan esas veintidós personas como habló Miguel Littín a través de la pluma de García Márquez, o como hablaron los sobrevivientes del desastre de Chernóbil en la voz de Svetlana Alexiévich.

Dentro de este proceso se publicó una primera versión de las crónicas, bajo el título “Escritores narran al Guayaquil del COVID-19”, a principios de abril, simultáneamente en la revista mexicana *Pie de Página* y en el diario *La Hora* de Ecuador. Hoy, *La Hora* ya no existe. Pero las voces quedan. Y estos relatos —que aparecen aquí ampliados en relación a esas primeras publicaciones— cuentan cómo ha sido puesta a prueba la dinámica de nuestras vidas, las formas de llevar la casa y el trabajo, la extrañeza frente a actividades comunes como hacer las compras o sacar la basura, la relación y los roles de cuidado dentro de las familias, por la convivencia permanente que generó el encierro, pero sobre todo por el temor a la muerte, que en abril de 2020 llegó a ser cinco veces más que lo que había sido en el mismo mes el año anterior.

Lejos de ser el titular de portada de un medio sensacionalista, el nombre de esta recopilación de relatos, *Ataúd en llamas*, compuesta por palabras que nos llevan inevitablemente a las imágenes de una ciudad incapaz de gestionar la enorme cantidad de cuerpos que dejó la crisis sanitaria, es más bien un homenaje a dos autores cuyos relatos nos conectan con sensaciones parecidas a las que nos ha tocado vivir en Guayaquil: *Ataúd de cartón*, de César Dávila Andrade y *El llano en llamas*, de Juan Rulfo.

Estas historias que se cuentan con palabras se intercalan con un relato visual. Mientras la autora definía con sus editores los detalles de lo que sería *Ataúd en llamas*, otro artista iba gestando un relato paralelo. Vicente Gaibor se dio a la tarea de capturar con su cámara escenas del Guayaquil de la pandemia. Lo que originalmente debían ser fotografías de soporte para estas crónicas terminó por convertirse en un ensayo visual que le da un volumen distinto a esta obra que se piensa como un registro necesario, que se entiende en construcción, pues aún no hay certezas sobre el retorno a la normalidad, y que se sabe, sobre todo, como un acto de resistencia, en un país donde hace tanta falta la memoria.

Estamos entonces ante un acto de resistencia cuya creación coincidió con el *Mushuk Nina* —‘fuego nuevo’ en kichwa—, fiesta del nacimiento y de un nuevo ciclo de vida para los pueblos originarios andinos y terminó su proceso de edición con el *Inti Raymi*, la fiesta del sol y de la cosecha. Acogiéndonos a la simbología: dejemos que estos textos germinen y se abran en nuestra historia.

José Miguel Cabrera Kožíšek
Lucía Moscoso Rivera

Mapa de testimonios de Ataúd en llamas

Los libros marcados en este mapa representan los sectores en los que residen las y los escritores que comparten sus testimonios en este libro. La mayoría, como puede verse, se encuentran alrededor del centro de Guayaquil. Que en esa zona habite la mayoría de estos autores no es casual. En los últimos años, ahí se empezó a constituir un corredor cultural a partir de la creación de la Universidad de las Artes, asentada en edificios que guardan una historia de la ciudad, desde el antiguo SRI (10 de Agosto y Pichincha), pasando por la ex Gobernación (Aguirre y Pichincha), o los que en su tiempo fueron sedes del Banco de Descuento (Pichincha y Aguirre) y la antigua Bolsa de Valores (9 de Octubre y Panamá), donde hoy funcionan, respectivamente, la Biblioteca de las Artes y el Centro de Innovación y Producción MZ14. Se trata de un área de influencia que llega hasta el Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo (MAAC) —donde acaba el Malecón 2000 y empieza el Barrio Las Peñas— y que se ha pensado para impulsar una reactivación cultural a la vista del río Guayas.



Mapa: Braulio Hidalgo y Costilla

Prólogo

CONDOLER

Es difícil escribir sobre lo que duele, más aún cuando el dolor está tan cerca que el cuerpo no permite la articulación fluida de la palabra. Por eso la escritura es un espacio de resistencia al daño, a la crueldad y a la violencia. Un espacio de resistencia a la soledad. Los testimonios que pueblan estas páginas son a veces balbuceos que cuentan el miedo y la incertidumbre, pero también son ruegos cargados de ternura y de necesidad. Estamos necesitados de; somos necesitados por. La condición humana es la exposición desnuda de nuestra vulnerabilidad.

Guayaquil se convirtió en el mes de marzo y abril en un cementerio al aire libre. Los vivos vieron a los muertos. Los muertos no fueron, en muchos casos, tratados con dignidad. Yo estuve fuera de esas calles: apenas puedo imaginar el desgarró, la fragilidad. También es difícil escribir sobre lo que duele cuando uno está lejos de los cuerpos que sufren, a ciegas, tanteando la verdad a una distancia oceánica. Cuando Lucía Moscoso Rivera me preguntó si quería escribir el prólogo de este compendio yo dudé. ¿Con qué derecho, me dije, si estoy en otro país, a salvo del paisaje que la COVID-19 ha dejado en mi ciudad natal? Los testimonios que leerán a continuación, sin embargo, me acercaron a la verdad brutal de los que han perdido a sus seres amados y de los que temen que sus amados mueran. La de los que tuvieron que enfrentarse a la muerte, al clasismo, al regionalismo, a la ausencia de políticas públicas que los protejan, a la deshumanización más extrema y a la falta de compasión.

Quienes se acerquen a estos textos encontrarán el olor en los días más críticos de la pandemia, la injusticia social, la precariedad, la soledad, pero también las ganas rabiosas de recomenzar, luego del desastre, una

vida más fraterna; de encontrar un lugar en el que sea posible no solo sobrevivir, sino vivir. Estas escrituras respiran a través del deseo de abandonar el miedo. Todos queremos abandonar el lugar del miedo.

Si no nos atrevemos a leer las experiencias de quienes sufren, nos cerramos a la posibilidad de que nuestra empatía se expanda. Aunque el diccionario diga lo contrario, compadecernos no es lo mismo que condolernos. Compadecernos es sentir pena por otros, no con otros. Si queremos hacer que este mundo sea un sitio más amable donde vivir, tenemos que dolernos con los demás. Amplificar nuestra empatía. Tengamos juntos la voluntad de condolernos, de no dejar a los demás solos.

Mónica Ojeda

**GUAYAQUIL,
UNA PESADILLA
POSIBLE**

Una pira de fuego se teme encendiéndose en cada esquina.¹ Es mediodía. Es de noche. Son las calles 19 y Q, Segundo Callejón P y 26. El fuego se enciende para quemar ¿a los muertos enfermos de coronavirus? Han transcurrido tres y hasta cinco días. El gobierno dispuso llamar al ECU911 o al 171 teléfono de emergencia. No llega Medicina Legal a realizar el levantamiento del cadáver.² Nadie llega.

Los seres queridos se envuelven con sábanas, se embalan con plástico, se colocan sobre una cama, o en el sofá en el centro de la sala. Se echa cloro y cal en el piso. Nada puede contener a la muerte. El olor es nauseabundo y los vivos temen contaminarse de la peste. «Esto es lo que tenemos que hacer ya que el gobierno no es capaz de ayudarnos», narra una mujer que graba la escena con su teléfono móvil de forma anónima.³ Y muchos tiene que elegir entre quedarse dentro de sus viviendas o sacar a sus muertos a las veredas.

El fin de semana del 28 de abril se recogieron 100 cadáveres de las casas en Guayaquil. Las temperaturas entre los 24 °C y 35 °C aceleraban su descomposición. La policía, paramédicos y servicios exequiales no se dan abasto. Es difícil diferenciar a quienes fallecieron a causa de coronavirus de otras enfermedades. Hay 5 356 casos confirmados de dengue en Guayas. Las escenas alimentan el miedo en la población

1 Esta crónica se publicó originalmente en el portal informativo *Pie de Página* el 2 de abril de 2020. Se actualizaron datos y se amplió el contenido para la edición del presente libro. Los primeros testimonios se publicaron simultáneamente en *Pie de Página* en México y diario *La Hora* en Ecuador el 9 de abril de 2020 bajo el título: “Escritores narran al Guayaquil del COVID-19”.

2 Diario *El Universo* (30 de marzo de 2020). “En el suroeste de Guayaquil queman llantas para que autoridades retiren muertos”.

3 En la semana del 31 de marzo de 2020, varios videos circularon en redes sociales donde se apreciaba la quema de un mueble y prendas de vestir junto a mascarillas y guantes.

ecuatoriana. Para el resto del mundo, Guayaquil es una pesadilla que puede pasar.

La desgobernanza

Desde el lunes 30 de marzo, la Secretaría de Riesgos del Ecuador empezó a colocar un asterisco al pie del informe de ‘posibles muertos’ que se deben sumar a la cifra oficial de personas fallecidas. Un mes más tarde cambian la metodología de conteo: se pasó de fijar la fecha de confirmación de pruebas realizadas a mostrar la fecha de aparición de los síntomas en los pacientes.

Transcurridos los primeros siete días, la ministra de Salud, Catalina Andramuño, renunció el sábado 21 de marzo, alegando la falta de asignación de recursos presupuestarios. Andramuño había anunciado la llegada de dos millones de pruebas para COVID-19, dato que se desmintió. Fueron doscientas mil pruebas que apenas se tramitaban para su importación. Quejas y denuncias de personal de salud pública circulaban en las redes sobre la falta de implementos y abastecimiento de insumos.⁴

Hasta el 1 de abril, Ecuador registró 2 758 casos confirmados por COVID-19. La provincia del Guayas concentra el 70,4 % de los enfermos con 1941 casos frente a los 248 en Pichincha y 94 en Azuay, según el Comité de Operaciones de Emergencia.⁵ Los informes oficiales reportan 63

4 Gabriela Ruiz Agila, (26 de marzo de 2020). “Ecuador a una semana del COVID-19”. Portal informativo *Pie de Página*. México.

5 Servicio Nacional de Gestión de Riesgos y Emergencias. Informes de Situación e Infografías – COVID -19 – desde el 29 de febrero del 2020. Ecuador. Disponible en: <https://www.gestionderiesgos.gob.ec/>

fallecidos en Guayas de un total de 98. En abril, Ecuador fue el segundo país en América Latina con mayor número de casos.

Un parte de la ciudad está guardando cuarentena. Pero otra parte está muriendo en sus casas. Cuerpos en las veredas. Cuerpos en las calles. No hay quien retire los cuerpos, y es esta la otra emergencia sanitaria:

Las familias deambulan para que los atiendan o los reciba un hospital público donde ya no hay camas. Les cierran las puertas. Los dejan afuera. En camionetas, salen enfermeros a ponerles oxígeno. Las puertas están cerradas. Las clínicas particulares están cerradas. Pero aquí la solución no es dejar que se mueran fuera de las clínicas. La gente llama al número que le dieron y nadie contesta. Y si contestan, les cierran y si no los dejan esperando. Por último, no llegan nunca a hacerles las pruebas. ¿Hay o no hay pruebas suficientes?

Esas fueron las declaraciones de la alcaldesa de Guayaquil, Cynthia Viteri.⁶ Una alcaldesa enferma de COVID-19 que administra la ciudad desde la cuarentena.

Su último acto administrativo fue impedir el aterrizaje de un vuelo humanitario en el aeropuerto internacional José Joaquín de Olmedo. El vuelo desde Madrid no pudo llegar a recoger pasajeros. Cynthia Viteri ordenó el bloqueo de la autopista con el estacionamiento de camionetas. Siendo mujer, la han tachado de histérica. Su argumento se sustentaba en que Madrid es de las capitales más afectadas por COVID-19. Quizá el

⁶ El municipio de Guayaquil, a través de sus redes sociales, notificó el 19 de marzo de 2020 que la alcaldesa dio positivo para COVID-19.

miedo también se apoderó de la alcaldesa conociendo de la muerte de la paciente cero en Guayaquil.

«¡El virus más grande es el miedo!»

La paciente cero a quien se le diagnosticó COVID-19 provino de Madrid. Ingresó a una clínica particular de Babahoyo, en la provincia de Los Ríos, sin saber que tenía el virus. Al complicarse sus problemas respiratorios fue trasladada a Guayaquil. Una fiesta de bienvenida para la migrante que regresó de España el 14 de febrero fue la ocasión que propició el contagio. La noticia se dio a conocer por el gobierno el 29 de febrero y para entonces ya eran 28 los casos confirmados en Ecuador. Su familia fue aislada en el primer cerco epidemiológico. Sin embargo, la paciente cero de 71 años y su hermana de 33 murieron.⁷ Otros familiares de las occisas manifestaron que, tras ser infectados, se curaron por sus propios medios.⁸

El sábado 29 de febrero, Barcelona jugó contra Liga de Portoviejo sin público. El miércoles 4 de marzo del 2020, Barcelona y el Independiente del Valle jugaron por Copa Libertadores en el estadio Monumental Isidro Romero Carbo. Aproximadamente veinte mil personas concurren al estadio. ¿Fue un foco de infección? Perdió Barcelona 3 a 0. Perdió Guayaquil. El ministerio de Gobierno había suspendido los eventos masivos en Guayaquil desde el 29 de febrero después de darse a conocer el primer caso de COVID-19.

⁷ Bella Lamilla Rodríguez fue reconocida por las autoridades de salud como la paciente cero del COVID-19 en Ecuador. Se la internó en el hospital del Guasmo y su familia confinada a la cuarentena obligatoria. Bella murió el 14 de marzo de 2020. La ministra de Salud, Catalina Andramuño, señaló que se trataba de casos importados desde el extranjero.

⁸ Primicias. “‘Nos curamos por nuestros propios medios’, dice paciente recuperada de COVID-19”.

«¡El virus más grande es el miedo! Pero no nos vencerá. El país debe continuar», justificó Pedro Pablo Duart, gobernador del Guayas, la autorización del evento. La ministra de Gobierno, María Paula Romo, apoyó la medida declarando que luego de las consultas a la Ministerio de Salud y organismos especializados, «se autorizan los eventos masivos en Guayaquil».

Días más tarde, Guayas se militarizó como zona de seguridad. Y el gobierno nacional tomó el control sobre ella. El presidente Lenín Moreno anunció la restricción de movilidad en Ecuador que rige desde el martes 17 de marzo, a fin de cumplir el Aislamiento Preventivo Obligatorio.⁹ Tras el crecimiento de casos, Moreno imputó en el caso guayaquileño: «No puede ser posible que de las 220 pruebas del coronavirus realizadas en las últimas horas, 162 sean positivas, es decir el 74 %. ¡Basta de irresponsabilidad!».

La pobreza es ofensiva

Hay denuncias contra las Fuerzas Armadas, y videos que muestran cómo los civiles que se encuentran en la calle al toque de queda son sometidos al látigo o al corte de cabello en contra de su voluntad. La Defensoría del Pueblo tendrá una ardua tarea de resolver de qué formas el Estado ecuatoriano no garantizó los derechos y los recursos necesarios para atender la emergencia sanitaria. Porque el coronavirus solo ha desatado las carencias en el sistema de salud.

Guayaquil es una ciudad donde la pobreza es ofensiva. Y los operativos de control se ensañan en los barrios populares donde no hay ni un árbol, ni siquiera agua potable como en Monte Sinaí. ¿Cómo se lavarán las manos

los niños y con qué frecuencia si son quienes más padecen enfermedades respiratorias, estomacales y de piel? Asimismo la Isla Trinitaria, Sergio Toral, el Guasmo, por mencionar algunas.

No ocurre así en un sector como Samborondón, que presenta 165 casos confirmados por COVID-19. A manera de leyenda urbana, se rumora que la celebración de una gran boda en medio de la declaratoria de pandemia fue uno de los puntos de contagio entre los pudientes invitados y la clase trabajadora que sirvió en el evento.¹⁰ Lo cierto es que las autoridades cancelaron 5 bodas el 14 de marzo en Samborondón y fiestas de graduación en hoteles de la ciudad. La referencia al hecho muestra una añeja pugna entre clases que viene cargada de racismo y discriminación hacia los pobres.

A tan solo pasos del Malecón 2000, el gran atractivo turístico del puerto principal, los desarrollos inmobiliarios esconden detrás suyo el colorido de las favelas. Para algunos, es una pequeña réplica de Miami. Llena de palmeras y locales comerciales de grandes cadenas de comida internacional. Hay, por tanto, un gran contraste en esa desigualdad. Guayaquil concentra 2 millones 698 mil 77 habitantes, equivalentes al 25 % de la población urbana del país.

Pero Guayaquil amaneció con sus muertos en las veredas. Allí se ve con naturalidad a los mendigos lucir su miseria, deambular a los consumidores de drogas baratas y letales como la H, pernoctar a los migrantes venezolanos. Las veredas se han convertido en las pasarelas de la pobreza.

⁹ Decreto presidencial n.º 1017 (16 de marzo de 2020).

¹⁰ Mónica Mendoza (29 de abril de 2020). “Gobernador de Guayas: ‘En la emergencia sanitaria por COVID-19 tuvimos que clausurar 5 matrimonios en Samborondón’”. Diario El Comercio. Ecuador.

El que no sale a vender, no come

En Guayaquil, solo el 50 % de la población tiene empleo adecuado, 3 % está en el desempleo, y refiere la tasa más grande de subempleo a nivel nacional: 18,9 % según estadísticas del INEC. Son más de doscientas mil personas que viven de las ventas que realizan al día. El que no sale a vender, no come.

A la hora del noticiero vespertino, la campaña #QuédateEnCasa se repite por televisión abierta. Un hombre en guayabera blanca y pantalones cortos juega tenis en una cancha y pide: #QuédateEnCasa. Miss Ecuador 2019 publica en su cuenta Instagram que está enferma de coronavirus. Los rostros de famosos personajes de la pantalla chica desfilan en las salas de sus casas: rubios y delgados, fornidos y estilizados. Ruegan que los pobres se queden en su casa.

La enfermedad ha alcanzado a los más visibles: el alcalde de Samborombón, Juan José Yúnez, también enferma. El vicealcalde de Salitre, Jorge Orlando, muere con sospecha de COVID-19; cinco alcaldes contagiados en Guayas y el prefecto, exestrella del equipo de fútbol Barcelona, Carlos Luis Morales, está en cuarentena.

La Metrovía atraviesa la ciudad como una criatura azul y fantasmagórica que conduce enfermos al hospital, y enfermeras a sus casas.¹¹ Pronto funcionará el Centro de Aislamiento para personas contagiadas por COVID-19 en la antigua Clínica Enrique Sotoma-

¹¹ El gobierno del municipio de Guayaquil dispuso la creación de 7 nuevas rutas de transporte público masivo integradas por 30 unidades, para movilizar a los funcionarios del sector de la salud y a la ciudadanía en general que necesiten transportarse entre hospitales de Guayaquil y sus hogares.

yor. La mortandad revive otros episodios tristes en la historia de Guayaquil: incendios, los ataques piratas y las pestes. En 1842, la fiebre amarilla dejó 2 454 muertos.¹² Y se sabe que la represión contra la huelga de obreros del 15 de noviembre de 1922 contra el gobierno de José Luis Tamayo, terminó arrojando a los cadáveres al río Guayas.¹³ La masacre se refiere en la novela *Las cruces sobre el agua* del escritor guayaquileño Joaquín Gallegos Lara.

En el hospital de Los Ceibos, cadáveres se observan apilados en bodegas y junto a pacientes. De esta y otras historias similares dan cuenta los videos que circulan en las redes sociales.¹⁴ Las publicaciones son censuradas porque fomentan la desinformación y una campaña de desprestigio contra el gobierno. Los videos y fotos no se pueden subir y compartir en Facebook mientras el servicio de Inteligencia mapea usuarios dentro y fuera del Ecuador. El buscador de datos en redes censurará contenido relacionado al tema porque, claramente, el Protocolo para la Manipulación y Disposición Final de Cadáveres con Antecedentes y Presunción COVID-19 Extrahospitalario no se cumple.¹⁵ Los muertos aparecen tira-

¹² Freddy Avilés Zambrano (28 de marzo de 2020). “La fiebre amarilla en Guayaquil: la historia de una epidemia que hace 178 años causó 2 454 muertos”. Diario *El Universo*.

¹³ Un aumento salarial y la aplicación de la ley de la jornada de 8 horas (1916) eran parte de los reclamos. Trabajadores ferroviarios iniciaron una huelga a la que se sumaron obreros de la compañía de luz, los transportistas de Carros Urbanos, obreros del astillero, entre otros.

¹⁴ El 05 de abril de 2020, la embajada de Ecuador en Egipto invitó a revisar la posición oficial del gobierno ecuatoriano respecto a la proliferación de noticias falsas en redes sociales. En ese comunicado se explica que el gobierno gestionó créditos publicitarios con Facebook. Disponible en: <https://twitter.com/EmbajadaEcuEGY/status/1246858676729712643?s=20>. Periodistas como Hubel Onofre denuncian la imposición de un cerco informativo y digital para dar cobertura a la tragedia de Guayaquil.

¹⁵ Ministerio de Salud Pública del Ecuador. Protocolo para la Manipulación y Disposición Final de Cadáveres con Antecedentes y Presunción COVID-19 Extrahospitalario. MTT2-PRT-004 [Versión 4.0]. Disponible en: <https://www.salud.gob.ec/>

dos junto a los contenedores de basura.¹⁶ Esta pesadilla es más fácil negar que atender.

Ataúd de cartón para los pobres

Al verse superado, el gobierno creó la Fuerza de Tarea Conjunta para el retiro de cuerpos de viviendas y hospitales, bajo el liderazgo de Jorge Wated, presidente del Directorio de BanEcuador. Fuerzas Armadas, policía, bomberos, Comisión de Tránsito, entre otras agencias públicas, se unieron a esa misión. «No es necesaria la cremación de cuerpos por COVID-19», explicó Jorge Wated,¹⁷ pero ya se había extendido la creencia de que era necesario porque el Protocolo de manejo de cadáveres por COVID-19 incluía la obligatoriedad de la cremación.¹⁸

La Organización Mundial de la Salud (OMS) enfatizó que son derechos de la familia que se investigue las causas de la muerte y que se respete y proteja la dignidad de los muertos y tradiciones culturales y religiosas.¹⁹ El 21 de marzo en la prensa local se anunció la construcción de una fosa común para el entierro de enfermos de COVID-19 que presuntamente se construiría en el Panteón Metropolitano de Guayaquil.

16 Diario *El Universo* (31 de marzo de 2020). “Cadáveres empiezan a aparecer abandonados en varias esquinas de Guayaquil”. Ecuador.

17 Diario *El Universo* (31 de marzo de 2020). “Jorge Wated dice que no es necesaria cremación de los cuerpos de fallecidos por COVID-19”. Ecuador.

18 Diario *El Comercio* (25 de marzo de 2020). “Tres instituciones trabajan en el manejo de los cuerpos de personas fallecidas por COVID-19 en el Ecuador”. Ecuador.

19 OMS (24 de marzo de 2020). *Prevención y control de infecciones para la gestión segura de cadáveres en el contexto de la COVID-19*. Disponible en: <https://apps.who.int/>

El gobierno ofreció entierros dignos para enterrar a los muertos.²⁰ Hasta el 26 de marzo la policía elaboró una lista de más de 450 cadáveres por recoger, y 550 casos de fallecimiento reportados en hogares. De 1400 cadáveres solo se pudieron sepultar 600, admitió Jorge Wated. En cuestión de semanas, Guayaquil llenó 14 contenedores con los cuerpos de los fallecidos en esta pandemia.

La Semana Santa llegó. Hubo rebeldía en las iglesias católicas y evangelistas para cerrar sus espacios de culto en medio de la pandemia. La tradicional procesión del Viernes Santo tuvo un giro por la restricción de movilidad. El 10 de abril, la imagen del Cristo del Consuelo sobrevoló el hospital Los Ceibos, el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, el hospital Monte Sinaí, el camposanto Jardines de Esperanza.

Como en un cuento de César Dávila Andrade, las autoridades entregaron cajas de cartón para enterrar a los pobres.²¹ Los gallinazos rodearon los estacionamientos del Hospital del Seguro Social, Teodoro Maldonado Carbo, en el sur de la ciudad. ¿Se filtró sangre y líquidos de los cadáveres desde los contenedores a las calles?

Ha transcurrido un mes desde que inició el toque de queda. En cinco contenedores ubicados en el hospital de Los Ceibos se hallaron 237 cadáveres insepultos. De ese conjunto, 131 no cuentan con identidad y,

20 Estefanía Ortiz (27 de marzo de 2020). “Coronavirus: Una fosa común en Guayaquil para los fallecidos por el COVID-19” en *Diario Expreso*. Días más tarde, el gobierno negará la noticia. “Coronavirus: No habrá fosa común en Guayaquil, el Gobierno anuncia entierros dignos” (31 de marzo de 2020). Diario *El Universo*. Ecuador.

21 Cuento *Ataúd de cartón* (1951) escrito por el ecuatoriano César Dávila Andrade. Nuevas reediciones del cuento están disponibles con los sellos editoriales Mecánica Giratoria y El Fakir.

por lo tanto, no pudieron recibir sepultura ni fueron dignos de duelo.²² La Fiscalía investiga el manejo de cadáveres en los hospitales Teodoro Maldonado Carbo, Guasmo Sur y Los Ceibos. El Comité Permanente de Defensa de Derechos Humanos en Guayas hace lo propio documentando el robo de pertenencias a los enfermos o fallecidos, así como los casos de desaparición de cadáveres. Al 24 de abril, el Comité reunió la historia de 11 familias que no los encontraban.²³

El incremento de fallecidos en Guayas es inusitado frente a las 3 771 muertes que registró en el mismo periodo en 2019. Son más de 6 700 muertes en 15 días en Guayas al 16 de abril de 2020; 13 337 defunciones entre el 1 de marzo y el 30 de abril según cifras del Registro Civil. Las obras de ampliación de los cementerios María Canals en el Suburbio Oeste y en Pascuales perturba a los vecinos que aseguran llegar día tras día más muertos.

Guayaquil tiene la mayor tasa de mortalidad del Ecuador por COVID-19 y la más alta de Latinoamérica: 1,35 muertos por cada cien mil habitantes, más que São Paulo (0,92), según el médico salubrista Esteban Ortiz, de la Universidad de las Américas de Ecuador.

Los vendedores ambulantes, los comerciantes que viven de las ventas del día a día, desobedecían el toque de queda que iniciaba a las 16h00 hasta las 05h00. «Si no cooperan, tendremos que decir a quién salvar o

no», sentenció el vicepresidente Otto Sonnenholzner.²⁴ Al cierre de este reporte, la provincia del Guayas registra 13 097 casos confirmados (53,2 % del total nacional) y 1238 muertes por COVID-19. El 20 de mayo pasará de semáforo rojo a amarillo y el toque de queda irá desde las 21h00 hasta las 05h00. ¿Volverán los guayaquileños a desafiar a la muerte?

Guayaquil es una ciudad de vértigo y ruido. Sí, hay música en la calle. “I shot the sheriff” de Bob Marley reverbera en un parlante como un pigmento grotesco del pavimento que se extiende hasta el Estero Salado. ¿Podrán creerlo si esta historia la cuenta un narrador que diferencia la realidad de la ficción? Aquí los testimonios de los sobrevivientes a las políticas públicas que condenaron a muerte a su población en medio de una de las pandemias que con mayor dolor recordará la humanidad.

²² El gobernador de la provincia del Guayas, Pedro Pablo Duart, denunció en la Fiscalía el presunto incumplimiento de los protocolos para la manipulación de los cadáveres.

²³ Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos (CDH) y la Fundación Acción Igualitaria. Desde el 14 de abril habilitó el Registro de personas fallecidas extraviadas en hospitales del Guayas. Email: cdh@cdh.org.ec

²⁴ Javier Montenegro (22 de marzo de 2020). “Sonnenholzner sobre el Coronavirus: Si no cooperan, tendremos que decidir a quién salvar y a quién no”. *Diario Expreso*. Ecuador.

Gabriela Ruiz Agila (Quito, 1983). Investigadora en prensa, estudios migratorios y derechos humanos. Docente. Es licenciada en comunicación por la UCE, Ecuador, administración pública y magíster en políticas públicas por la UABC, México. Colabora como articulista y cronista para diversos medios impresos y electrónicos. Premios: primer lugar en Premio Nacional de Periodismo Eugenio Espejo (Ecuador, 2017); segundo lugar en el Concurso Nacional de Poesía Ismael Pérez Pazmiño (Ecuador, 2016); primer lugar en Crónica del Cincuentenario organizado por la UABC con Relato de una foránea (México, 2007). Más de su trabajo en el blog [Madame Ho](#).

Vicente Gaibor del Pino (Guayaquil, 1976). Arquitecto y fotógrafo independiente, interesado en explorar la tradición y la memoria colectiva como vínculos narrativos para cuestionar nuestras realidades, a través de proyectos o iniciativas que fomenten el libre ejercicio de los derechos humanos. Miembro del colectivo [@fluxus_foto](#) y curador de [@everydayguayaquil](#). Actualmente colabora con varias ONG e instituciones gubernamentales impulsando proyectos educativos a largo plazo, y en coberturas específicas para agencias internacionales de prensa. Más de su trabajo en su [página](#).



María Paulina Briones

**EL OLOR
PUTREFACTO
DEL ESTERO**

Esta mañana hice una fila de dos horas en el supermercado. Debían ser 500 personas delante de mí. Nos rociaron con algún desinfectante. También con gel dentro. Silencio. Nadie hablaba con nadie.

El ambiente era profundamente tenso. ¿Legumbres? Se desabastecen rápidamente. Un anciano se coló en la fila. Llevaba un pan y dos jugos. Pagó y se quedó sentado en un banco mirando a quienes seguían pagando. Pasé por la farmacia. Me contaron que había llegado la azitromicina.¹ La fila era una eternidad. No me detuve.

Hoy murió la cardióloga Peggy Freire. La semana pasada murió mi tío, médico y profesor de la universidad, Nino Cassanello Layana. Conozco gente que está confinada porque estuvo enferma. Otra que no tiene mayores síntomas, y personas que se ponen mal muy rápido. Vi el noticiero del mediodía y escuché que habían recuperado 400 cuerpos, y 50 cuerpos más este día. Fue algo devastador. En La Colectiva, emprendimiento de asociación de editoriales y librerías, decidimos devolver las cuotas a los socios que no pueden cubrirlas y usamos las cuotas de quienes sí podemos para ayudar a quienes viven únicamente de la venta de libros. Las editoriales grandes liberaron contenido y eso es algo positivo, pero a las pequeñas editoriales esto nos destruye. Las entregas a domicilio bajaron. Los libros no están entre las prioridades de la gente. Además, temen que los libros estén contaminados.

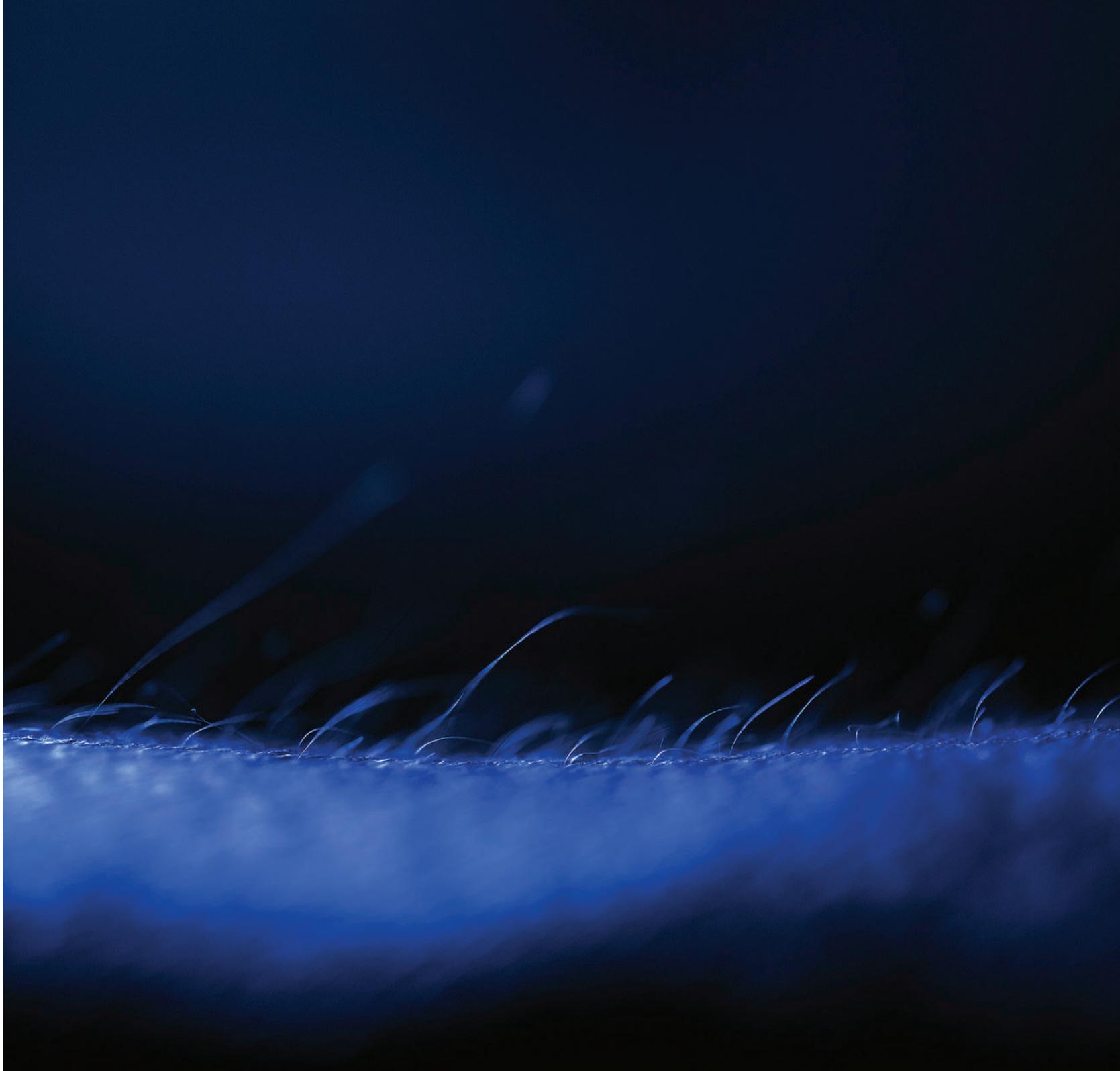
¹ La azitromicina es un antibiótico que se utiliza para tratar ciertas infecciones bacterianas como bronquitis, neumonía, otitis y algunas enfermedades de transmisión sexual. Es uno de los fármacos que han utilizado en países como Italia, Francia y España para bajar la carga viral a los infectados por coronavirus. En Ecuador es de venta libre, aunque no debe ser tomado sin prescripción médica. La venta, durante el mes de marzo, se ha disparado en la mayoría de farmacias de Guayaquil y Quito.

En Guayaquil estoy marcada por el olor putrefacto del Estero y por el ruido. Es parte de mi infancia. Es una paradoja que ese sea el olor que ahora despiden los cuerpos en las casas, el de la putrefacción. Y que el silencio sea tan poderoso o se haya impuesto para dar paso a un único ruido: las sirenas de las ambulancias.

Guayaquil ha sido azotada una vez más por la epidemia y todo lo que ella trae y desnuda: la inequidad, el miedo, el abandono. Todo esto con la profunda solidaridad que nos caracteriza. Con cadenas de personas ayudándose. Esta ciudad es muchas cosas, pero es nuestra ciudad. Ha sido terrible sentir el rechazo de otras regiones y escuchar el estigma que ha caído sobre ella.

Correspondencia: 31/03/20 – 06/04/20

María Paulina Briones (Guayaquil, 1975). Gestora cultural, directora de la Editorial Cadáver Exquisito y docente en la Universidad de las Artes. Autora de *Tratado de los bordes o cercenación del estero* (Rastro de la Iguana, 2016). Premio de Poesía Ismael Pérez Pazmiño 2016. Dirige el Centro Cultural Casa Morada.



César Eduardo Galarza

**LAS NOTICIAS
DE MI MADRE**

La noche del 31 de marzo ha sido la más larga desde que vine a casa de mi madre a pasar la cuarentena. Ella, al igual que yo, vive sola. Bueno, no tan solos. Ambos tenemos gatos. Ella, uno blanco rollizo llamado Ringo, y yo un par de gatos manchados, llamados Benedict y Mayumi. Me instalé con ambos en casa de mi madre el día lunes 16 de marzo alrededor del mediodía.

A partir de las 16h00 empezó a regir el toque de queda para la provincia del Guayas. Soy guayaquileño, tengo 38 años y siempre he vivido en esta ciudad.

Hace un par de años tuve bronquitis alérgica y, además, padezco psoriasis desde hace 5 años. Mis defensas siempre están disparadas. Solía fumar. La primera semana de cuarentena presenté síntomas de influenza: fiebre leve, molestias en la garganta, dolor muscular en las piernas y mucho cansancio. Hice gárgaras con limón y sal, tomé paracetamol y dormí mucho.

Evito los carnavales. El fin de semana anterior al inicio de la cuarentena me sorprendió un aguacero en la calle. Empecé a tener molestias con los bronquios, tos y flema. Hacia el fin de semana me recuperé bastante y pude acompañar a mamá al mercado. En la puerta dejaban entrar en grupos de diez personas una vez que otras diez salieran con sus compras. Ya adentro, las distancias y las precauciones pasaban a segundo plano.

Todos llevábamos una prisa mal disimulada, de esa que obnubila y hace que te quedes sin adquirir algunas de las cosas que habías tenido en mente. El personal se esforzaba por mantener los manubrios de los

carritos desinfectados, las perchas llenas, las verduras frescas. Las y los cajeros, en contra de lo usual, estaban abiertos a conversar y comentar las vivencias del día. Al final de la primera semana, la gente se embargaba de miedo.

En las noches he experimentado picos de bienestar de pocas horas. El sueño me llega pasada la medianoche. No temí lo peor pero sí tuve una ligera melancolía que me hizo pensar en mi pasado reciente y en algunas personas. Tengo dos hijas de 19 y 17 años. Están pasando la cuarentena junto a su madre, Gilda. Hablo poco con ellas, pero trato de conversar con mi exesposa todos los días para tener noticias y apoyarnos. Cuando le conté de mi malestar, Gilda vino a visitarme al día siguiente trayendo consigo un nebulizador y una medicina expectorante.

Anoche circularon dos videos que hoy censuraron en las redes sociales. Se ven decenas de cadáveres en el piso, pasillos, camas, camillas, bodegas, cuerpos empaquetados en el hospital de Especialidades Teodoro Maldonado Carbo (HTMC), al sur de Guayaquil. El área de emergencia de ese hospital fue cerrada el 4 de abril para desinfección. El olor era insoportable. El gobierno creó una Fuerza de Tarea Conjunta para recoger cadáveres en Guayaquil. Informaron el 5 de abril que realizaron 1350 levantamientos, 528 cadáveres en domicilios y hospitales solo en una semana.

El hermano mellizo de mi madre, mi tío Alfonso, de 62 años, fue diagnosticado de dengue (la otra pandemia de esta ciudad) y de COVID-19. Ingresó al hospital del IESS en Los Ceibos. Durante su hospitalización, las noticias que recibió mi madre confirmaban el colapso en los centros

hospitalarios: médicos trabajando a presión, espacios abarrotados, falta de insumos, capacidad de acción rebasada. «Regrese pasando un día, a las 8h00 para recibir noticias» —dijeron. Y mucho dolor e incertidumbre. Un par de videollamadas del tío, comunicándose por medio de señas y recibiendo oxígeno, llenaron de esperanzas a mi madre.

Mi tío Alfonso falleció el 6 de abril. En el hospital IESS Los Ceibos nos pidieron 600 dólares para sacar el cadáver de la morgue. Primero dijeron que tardarían 20 días en dar a conocer el lugar de sepultura. En el transcurso de las horas, se retractaron. No nos cobrarán. El cuerpo de mi tío fue ‘procesado’ y trasladado por el municipio de Guayaquil al cementerio Ángel María Canals del Suburbio Oeste.

Días más tarde, mi hija mayor, Elisa, tuvo una hemorragia oral. Es la abanderada de su colegio. Debido al caos sanitario del país, su mamá decidió internarla en una clínica privada para salvar su vida. Los ahorros que reunimos para sus estudios universitarios los usaremos para pagar la atención médica. Acudimos también a nuestros amigos. Los gastos serán elevados.

Entre el 14 y 22 de abril, Elisa permaneció hospitalizada. Se abstuvieron de usar paracetamol. Le aplicaron un tratamiento de plasma para elevar el conteo de plaquetas. La vesícula se le inflamó. Le hicieron una tomografía. Tenía dengue y probablemente enfermó de COVID-19. El gobierno con-firmó más de 6.700 muertes en 15 días en Guayas.¹ Las

autoridades no han podido determinar las causas de todas las muertes. Me pregunto: ¿puedes respirar bien? Creo que esa es la principal preocupación que se tiene en este encierro. ¿Quién sigue yendo a los hospitales públicos?

Correspondencia: 31/03/20 – 22/04/20

¹ La provincia del Guayas registra una cifra de mil personas fallecidas en promedio cada 15 días. Fuente: Fernando Medina (16 de abril de 2020). Diario *El Comercio*. Quito. Disponible en: <https://www.elcomercio.com/actualidad/balance-fallecidos-wated-coronavirus-guayas.html>

César Eduardo Galarza (Guayaquil, 1981). Poeta y cineasta guayaquileño. Autor de *Polvo en su piel* (Edición de autor, 2000); coautor de *Mensaje en una botella* (Banco Central del Ecuador, 2002); autor *Madera muerta* (Universidad de Cuenca, 2008).



Clara Medina Rodríguez

**MEDIA DOCENA
DE PÉSAMES AL DÍA**

Desde el 16 de marzo pasado hasta el 2 de abril, el viaje más largo que he realizado es a la puerta del patio de mi casa. Allí cada semana recojo los víveres que mi hermana trae. Me entrega las compras y se va. En el mismo patio, someto cada uno de los productos a una prolija limpieza y desinfección antes de llevarlos a la cocina para almacenarlos.

Estoy en total aislamiento, porque esa es la disposición de las autoridades y porque conmigo vive mi madre anciana, quien forma parte de la población más vulnerable al coronavirus. Redoblo los cuidados.

No salgo para nada. Mis días transcurren entre algún oficio doméstico, lecturas, escritura, noticieros, llamadas telefónicas y redes sociales. En Facebook leo a diario que mis amigos dan el adiós a sus padres, a sus tíos, a sus abuelos, a sus primos. A tanta gente querida. Desde hace más de una semana he escrito alrededor de media docena de pésames cada día. Ayer llegué casi a 10. No es que la gente antes no se muriera. Se moría, sí, pero no tanta al mismo tiempo. Dar un pésame era una rareza, no algo cotidiano. Hoy mucha gente está de luto en Guayaquil. La ciudad bullanguera y alegre está silenciosa. Sus habitantes están enfermos de tristeza.

Marzo, en mi familia, es un mes festivo. Cumplimos años mi mamá, yo y muchos otros familiares. Ha sido, históricamente, un tiempo de reuniones y celebraciones. Este año las felicitaciones y abrazos fueron virtuales. Recibo varias llamadas cada día. Mis hermanos y demás familiares, desde diversas ciudades del mundo o desde la campiña riosense, me llaman a preguntar cómo estoy y cómo está mamá, o hablan de forma directa con ella. Es como un ritual en el que cada uno se reporta para contar cómo ha sido su día.

Uno de mis hermanos está en la primera línea de fuego. Es médico y trabaja intensamente en la emergencia. Me cuenta que varios de sus colegas se han contagiado. Mi mamá redobla sus oraciones por él y por todos. Mi hermana me dice que ya no quiere ver noticias, porque la realidad la sobrepasa. Yo trato de ver y de leer todo.

Es difícil guardar la calma, pero lo intento. Guayaquil es una ciudad de eternos recomienzos. Esta tragedia supondrá también un renacimiento. Un renacimiento de renovadoras ideas y de otras formas de convivencia social. Se deben sepultar las grandes desigualdades y carencias que se han hecho tan dolorosamente visibles con el coronavirus.

Correspondencia: 31/03/20 - 02/05/20

Clara Medina Rodríguez (Vinces, 1966). Gestora cultural y periodista. Autora de *Los herederos del lenguaje* (Mar Abierto, 2013). Trabajó como editora de la sección Cultura en los diarios El Universo y El Telégrafo.



Juan Carlos Cucalón

**PIDO PERDÓN
POR ESCRIBIR
DESDE EL PARAÍSO**

Desde que vivo en Salinas hace tres años, me levanto a las 4h30. Tomo un café y en cinco minutos organizo mi trabajo en la pantalla del computador. Me dedico a escribir.

Hay días que, según la marea de la playa, me levanto muy tempranito para ir a nadar. Mañana, por ejemplo, la marea va a estar baja. Iré a las 8h00, cuando empiece a subir, para tomar un baño. Podré seguir yendo en los próximos días mientras la marea vaya creciendo más y más.

No tiene ninguna importancia lo que yo sienta. Fui educado en la tradición y costumbres de una familia guayaquileña de 200 años. Y a pesar de que yo me sienta un hombre de mundo que se fue a los 17 años del Ecuador, soy un guayaquileño.

Al principio de marzo, cuando supimos que el virus empezó a extenderse, era previsible su llegada hasta aquí. El 16 de marzo fue mi cumpleaños y no vino nadie de quienes me prometieron visita. Al poco tiempo, mi buen amigo Pablo Ordoñez me informaba de la muerte de tres amigos cercanos y menores a mí. Eso me impactó. Pero fue el lunes 27 de abril cuando murió el suegro de mi hermana, por cáncer, que el círculo de la muerte empezó a cerrarse a un nivel muy personal. Luego me enteré del fallecimiento de dos familiares Cucalón, lejanas en consanguinidad. Y el jueves 30 de abril murió mi prima Maritza, un ícono familiar. Todas ellas por el virus.

No pude asistir a las despedidas. Entiendo por qué me afecta. La infancia y adolescencia que viví en Guayaquil están llenas de los recuerdos de estos seres, de vínculos permanentes con la familia. Pero debo con-

fesar que, detrás de todas estas muertes, está la preocupación por mi mamá, una mujer de 85 años. Sara del Campo tiene un corazón delicado con una válvula de titanio y tres *bypass*. Sara del Campo ha sobrevivido a tres neumonías en estos últimos años y estoy seguro de que el coronavirus le vale tres atados de verde.

Ella es la que recibe estas noticias de muerte y me las cuenta por la mañana cuando la llamo o ella me habla por teléfono. En un momento dado comentábamos las noticias que mostraban algo fuera de proporción. ¿Era cierto? Mi mamá vio las fotos de un ‘pocotón’ de muertos metidos en un vagón y no le importó nada. Pero cuando vio una esquina del Suburbio Este y recordó la casa donde vivía la costurera, su reacción fue otra: el espanto. Vio que una familia sacaba un muerto de su vivienda y lo quemaba sobre un mueble doméstico. Le pedí que por favor dejara de ver noticias porque yo también veo fotos y reconozco las calles y hasta a los personajes.

Mi mamá llama solo para saber si yo estoy bien. Viví la adolescencia con alergias, rinitis, problemas pulmonares. Tuve un enfisema. Ahora que vivo en la playa he superado ese problema. Mientras ella se va a dormir con la convicción real de que puede irse a dormir y no despertar, se preocupa por mí aunque nunca lo dice. Sara del Campo está aterrorizada porque me enferme de esta huevada. Al principio los muertos eran distantes, pero ahora son la familia.

Mi prima Maritza se hizo más cercana a mí cuando murieron mi papá y mi abuela. Me cuidó cuando era niño. Fue la primera sobrina de mi mamá. Era la de los postres en la familia. Tenía una pastelería y heladería que

se llamaba La Dolce Vita. Me enteré de su muerte por un mensaje de mi hermana. «Esto no se lo puedes decir a mi madre» — se lo pedí. Eran las 11 a.m. y ya había llamado a mamá. Urdí una forma de contarle la noticia. «Llama a mi mami y dile que estoy preocupado por Maritza» — apelé a mi hermana. Y en esta lógica, mamá llamó a Maritza. Atendió el teléfono de la muerta, su hija Graciela. En la videollamada, mamá vio a su sobrina llorando, que gritaba y decía «¡No!», dejando clara la pesadumbre de su muerte. Tres días antes, mi prima Maritza pasó por la casa de su amiga Inés para dejarle algunos helados y unas pastillas

«¡Mamá, ni tú ni yo somos pendejos! Sabemos lo que está pasando» — le dije en una escena extraña donde lo que cuentas se repite dos o tres veces. Te lo dices tú. Te lo reitera la realidad. Después, fantaseas. ¡Me han pasado tantas cosas! — evalué sarcásticamente — que si yo muriera de coronavirus sería un acto ridículo.

Tres son los episodios de cercanía a la muerte: sobreviví a una caída de dos metros y medio de alto, al desprenderse una losa disimulada por bejucos sobre una cisterna. Los bomberos llegaron a tiempo y no perdí tanta sangre; si no, habrían sacado a un muerto. Debieron operarme la pierna dos veces en 2018. Hace 13 años, el mismo año en el que gané el premio Pablo Palacio (2007), tuve un derrame cerebral. Estuve en coma cuatro días. En un accidente de auto íbamos seis personas, nos volcamos y tuve que ayudar a bien morir a un ‘man’ fuera del auto. Yo tenía solo 16 años. Así también estuve junto a mi abuela y a mi padre cuando murieron.

A la epidemia le digo: «¡Venga!».

Cuando me dio el derrame estaba recuperándome en la clínica. Había salido del coma. Hablaba. Miraba. Estaba hemipléjico. Todas las mañanas tenía una sesión de acupuntura y magnetología. Pero a partir de eso, caí en un sueño hipnótico en el que veía a un corazón de Jesús que giraba sobre mi frente y se partía en dos. Estos dos pedazos de corazón no derramaban sangre sino fuego. Yo permanecí con los ojos cerrados hasta que ambas partes se volvieron a reunir. En adelante, mi recuperación fue cada vez más rápida. Me tomó un año de rehabilitación volver a ser yo.

Esta circunstancia de arrojo hacia la muerte ha sido una constante en mi vida. Yo sé que la muerte está aquí al lado. ¿Qué puedo hacer? Nada más que vivir.

Hay una buganvilia inmensa que le da la vuelta al frente de toda la casa. Tengo un patio grande. Dirijo mi mirada a mis plantas, las mimo. Nuevas plantas he sembrado y les echo agua. Y cocino. Cuando voy a la playa converso con los pulperos. Ellos cuidan la poza de agua entre las rocas donde hago rehabilitación de mi pierna herida. Los pulperos no pararon de trabajar durante la cuarentena. Fueron ellos quienes me contaron que el 8 de abril se cerró y militarizó el puerto pesquero de Santa Rosa. Me dijeron que murieron 91 personas por COVID-19 en un solo fin de semana.

Por las mañanas sigo llamando a mi madre. No quiero regresar a Guayaquil. El puerto se acabó cuando me fui a los 17 años. Guayaquil se reduce a mi familia. Pero Guayaquil, esa enorme ciudad de «gente malcriada que no sabe hacer cola» está dentro de mí. A un guayaquileño no puedes decirle «quédate en casa». Mucho menos cuando empiezas a llegar por

la ruta del Estero a las 14va, 16va, 18va. Ahí viven cinco personas en un cuarto de cinco metros cuadrados.

Gracias al pequeño paraíso que tengo en mi casa no me he vuelto loco. Adentro llevo al mismo guayaquileño 'pata al suelo' que vivía en el barrio Centenario cuando era chico y sabía que la gente era, se movía y se hacía, cuando estaba en la calle. En el Centenario caminábamos por la mitad de la calle, y nos mezclábamos todas las capas sociales en la misma calle Bogotá. Nos veíamos. Y la cosa física del encuentro callejero para un guayaquileño es un evento importantísimo. Esta nueva aristocracia guayaquileña pide que no nos toquemos cuando hemos crecido con ese roce.

El círculo de la muerte se cierra. Es un halo sobre la gente que quiero en Guayaquil. Yo no me voy a morir.

Correspondencia: 30/04/2020 - 07/05/2020

Juan Carlos Cucalón (Guayaquil, 1963). Narrador y tallerista literario. Primer lugar en IX Bienal del cuento ecuatoriano Pablo Palacio en 2007; primer lugar en el XI Premio Nacional de Literatura Dr. Luis Félix López en 2009 con el compendio de cuentos *Surcos obtusos* (CCE, 2011). La portada original propuesta por el autor fue censurada.



Francisco Santana

GUAYAQUIL

ES UNA QUINCEAÑERA

CON EL DEDO PODRIDO

Estoy en Quito. Me quedé atrapado por la cuarentena. «Soy, como dicen los ocurridos y sueltos de lengua, un ‘mono’ refugiado en las frías montañas de la capital».¹

El verbo resistir viene bien para describir este tiempo. No tengo empleo fijo y tampoco sueldo constante. Cuando algunos de mis amigos se enteraron de mi situación en Quito empezaron a depositarme dinero. No pude resistir los efectos de este gesto noble y lloré.

Cuando conocí a Cirino Antonio Gómez, ‘El Cristo de Guayaquil’, reconocí el embeleso de ese Mesías por el puerto:

Recorría el cementerio general, la 18, el Camal, los salones de la calle octava, como El Gema, y algunos cabarets de nombres ridículos (...) Miró la vida y sus calles. Guayaquil le pareció fascinante, palpó la estúpida y lacerante realidad de las noches en donde todavía se encontraba de todo. Putas, locos, delincuentes y mendigos lo conocieron, lo trataron y lo educaron. La vida se le reveló como una suerte de alucinante fantasía donde todo se conseguía con dinero. El espíritu de comerciante se le fue pegando a la piel y descubrió que todo tiene un precio, incluso la dignidad, sobre todo la de los pobres y miserables; esos con los que compartió vida y penurias; esos para los que vino Cristo.

Guayaquil se viste bonito. Se pone todas las luces. Se pone bella y perfecta. Pero tiene un gran problema. Tiene el dedo del pie podrido. Se

¹ Fragmento tomado de *Historias del encierro: “Una moneda para sobrevivir”*, publicado en el *Diario Extra*, 03 de marzo de 2020.

pone zapatos hermosos y tapa la podredumbre. Nadie la ve. Pero el dedo está podrido. Y entonces empieza a pudrirse todo el cuerpo. Una ciudad que está podrida por dentro pero que tiene ropajes bonitos por fuera.

Correspondencia: 31/03/20 – 10/05/20

Francisco Santana (Guayaquil, 1968). Cronista. Ha trabajado como albañil, diseñador, redactor creativo, periodista y bartender. Autor de los libros *Historia sucia de Guayaquil* (Cadáver Exquisito, 2012); *Ecuador escondido: Crónicas* (Earth Pact, 2013) y *La piel es un veneno* (La Caída, 2020).

...es. Se dijo
...ben daños materiales en los edificios
...inodoro y agua potable. Indagaciones
...para el desarrollo de las actividades...

7 muertos por el sismo que sacudió a Guayaquil

...ante Angel María Arias González y Angelina
...ver en la mañana aplastados al desplomarse
...ble ubicado en las calles Clemente Jaimes y
...l fuerte movimiento sísmico.
...personas resultaron heridas y heridas
...rnaza, por la gravedad de...

Alice Goy-Billaud

MI PEQUEÑO

ACTO DE REBELDÍA

Creo que estoy en la etapa de aceptación. Puede ser que minimice las cosas. La primera semana fue para mí de terror y de angustia. El día en que caí en cuenta de que me iba a quedar sola con el silencio de mis pensamientos, lloré mucho. Varios días. Tampoco provocaba salir.

Me agarraba un pánico por tocar cualquier cosa. Ni a mi jardín iba por miedo de que los niños hubieran tocado mi puerta o pisado algo de saliva. Empecé algo que hago solo cuando viajo: un diario. Lo es después de todo, un viaje. Me vino en francés. Hasta ahora no había puesto palabras en español. ¿Cómo llamarlo? ¿Confinamiento? ¿Espacio vacío? ¿Tiempo a salvo?

Intento no opinar en público. Sé que hay gente que sufre. Amigos han perdido a seres queridos. Me agarra la angustia de que esto no acabe nunca, de no volver a verlo, de no volver a comer cangrejo, de que bailar sea solo un recuerdo.

El primer domingo tomé mi bicicleta y pedaleé sin rumbo. El miedo, igual. Me crucé con una patrulla. Nada. Fui hasta La Atarazana. No lo volveré a hacer. Fue mi pequeño acto de rebeldía hacia la inmovilidad.

Poco a poco vuelvo a salir al jardín. Fumo un cigarrillo en la hamaca. Riego las plantas y entro después de cambiarme los zapatos. Mi día está hecho de reuniones cibernéticas, de horas y de hojas de traducción. Vuelvo a aprender a cocinar. No he podido escribir nada mío. Traducir *Historia sucia de Guayaquil* (2012) es un refugio. Habla de un Guayaquil que conozco, pero parece que el pasado es más cercano a lo que conozco que el presente. Cuando quiero escapar leo *El síndrome de Ulises* y llego a París.

Correspondencia: 31/03/20 - 04/04/20

Alice Goy-Billaud (Montpellier, 1990). Radicada en Guayaquil. Directora de Cultura y Comunicación de la escuela Hola France. Autora de *Tres* (Cadáver Exquisito, 2019). Conduce el programa radial *Caldo de Cultura*.



Nicolás Esparza

UN CADÁVER

TIRADO EN LA ESQUINA

Tenía veinte y tantos años. Hubo un terremoto. Estaba en mi cuarto. Vivía solo. Salí de la ducha y me quedé desnudo, sentado al borde de la cama. No sabía qué hacer. Salir es una proeza.

He pasado todo este tiempo de cuarentena encerrado por falta de dinero, porque no me gusta salir, pero sobre todo porque hay policías.

En octubre los policías nos golpearon. La primera vez que salí con Azael fue un viernes y fuimos a la Avenida 9 de Octubre, nos vieron y nos ‘cayeron a palos’. Sentíamos pánico. Después, las veces que decidimos salir para enfrentarlo, nos teníamos que convencer el uno al otro diciendo: «abandona el miedo». Era un poco hacer el recuento de acciones afirmativas: Ya voy comiendo. Tengo algo para atenuar el efecto del gas pimienta. Tengo otro cambio de ropa. Ya mandé una foto por si acaso no me encuentran. Avisé que voy a salir.

Hemos vivido el encierro. Hemos vivido la clandestinidad. El 28 de abril cumpliré el primer aniversario con mi novio. La coyuntura nos obliga a vivir una felicidad impuesta.

Toda mi vida he sido profesor de inglés y español en primaria y secundaria. El modelo de educación es conservador aunque digan que no lo es. Y que el profesor es un ejemplo, y que te pueden buscar en redes. ¿No se dan cuenta que un maestro es un ser humano que tiene posición política y que afecta a los demás? Las empresas no admiten la diferencia. Llevo un año desempleado. Dejé mis estudios en la universidad privada. Me pregunto con qué me identifico. Son los afectos.

En esta ciudad clasista y conservadora como un pueblo de hacendados y grandes fincas, se busca acallar lo manifiesto. La muerte se ve como una infección que no se puede parar. Pareciera que los muertos en la calle no tuvieran pasado ni afectos. Los muertos en las calles tienen un mensaje: todos somos desechables, seres contaminados en lugar de ser afectados por los afectos.

El lunes 31 de marzo salí a comprar alimentos sin avisar a nadie. La noche anterior había tenido una discusión con mi novio. Me pagaron por un trabajito de edición que hice y fui al banco por esos 20 dólares. Nunca me preparé para la cuarentena. Nunca nada me habría preparado para lo que vi.

Un cadáver tirado en la esquina de Roca y Pedro Carbo. Una cinta amarilla con la palabra ‘peligro’ rodeaba lo que parecía una escena del crimen. Salía del cajero. Lo primero que pensé fue que esta era una estrategia de disuasión para evitar que la población saliera de sus casas. Pensé que me pedirían el número de cédula para entrar al supermercado. Entonces caminé de largo para ver y decir ‘no’. Me va a agarrar la policía y no va a pasar nada.

Cuando estuve a unos cuantos metros del cuerpo no supe qué hacer. Quise salir corriendo. Me daba miedo pasar por donde había transitado esa persona. ¿El próximo seré yo? No pude ver si era una persona. Solo pensé que necesitaba comida y huir. Me formé en la fila del supermercado. La gente tomaba fotos. Hablaban entre ellos. Yo no pude. Me daba miedo abrir la boca, y de repente estornudar y ser el blanco del miedo.

El cajero que me atendió me dijo que nunca había visto que alguien muriera desmayado. ¿Le dio un infarto? El cadáver estaba cubierto con una manta

azul, pero dejaba ver que el cuerpo traía puesto un reloj, una camisa y un pantalón de tela. Entonces no era un mendigo. Era un señor.

40 minutos después de salir del supermercado, el cadáver todavía estaba ahí. En los periódicos dijeron que lo recogieron de inmediato. Estoy seguro de que lo recogieron por encontrarse en una zona regenerada, y porque estaba a la vista de todos. No hay posibilidad de que sea de otra manera. Cerraron la farmacia. La policía daba vueltas alrededor del cuerpo. No veía una urgencia por ayudar.

Sigo afectado. Fui al mercado y me emocionó ver gente. Me dio miedo también. Sé que somos diferentes. Mientras mi novio está rodeado de familia, yo estoy solo. Mientras yo tengo una gran necesidad de hablar, él quiere estar solo. No tengo nada que reprochar. Es un mes sin tocar a nadie. Sin dar una mano. Sin dar un beso. Extraño mucho escucharlo comer. Le pido que me envíe audios comiendo.

El pasado es común pero no sensato. Me imagino a veces el futuro, contándoles a mis nietos que sobreviví a un terremoto en 2016, que sobreviví a los golpes de la policía en el Paro Nacional de octubre de 2019, y que atravesamos juntos la cuarentena del año 2020 entre el encierro y la clandestinidad.

Pero por favor, no te vayas. Me cuesta despedirme.¹

Correspondencia: 09/04/2020 - 20/04/2020

Nicolás Esparza (Guayaquil, 1986). Narrador. Docente de educación media, estudiante de Literatura en la UArtes, autor de YOSOYELMAL (Dadaif Cartonera, 2017). Aparece en la antología *Despertar de la Hydra: antología del nuevo cuento ecuatoriano* (La Caída, 2017).

1 Frase con la que termina la correspondencia entre el escritor y la cronista.



Jéssica Zambrano Alvarado

**GUAYAQUIL,
LA CIUDAD SUMERGIDA**

Él no debió morir. Estamos seguros de que las circunstancias en que ocurrió lo terminaron matando. Augusto fue al hospital del IESS. Augusto no tuvo respuestas claras. Augusto no pudo tener un acompañamiento de su familia para lidiar con la enfermedad. Fue negligencia.

Augusto Itúrburu (40 años) era una de esas personas con las que no se necesita hablar demasiado para practicar un código común. Compartíamos el café de las mañanas. Augusto fue un periodista deportivo destacado en la redacción. Fue elegido por los compañeros para presidir el Comité de Trabajadores de Medios Públicos. Fue muy trabajador.

Hace dos meses había muerto su madre. Sabía que eso iba a pasar y dijo que estaba fuerte. Solo una semana después de que regresó al diario tras el duelo, enfermó. Lo vi. Me acerqué a su puesto a conversar. En esos días circulaba el rumor de que podrían cerrar el diario. Empezaba a toser y me dijo: «¡No te acerques! Estoy enfermo». Al siguiente día faltó y llegó la emergencia sanitaria.

El deterioro de su estado de salud lo llevó a ser internado 28 días en el hospital general norte del IESS-Los Ceibos. Nos decían que mejoraba. Nosotros pensamos que estaba listo para salir de esta. Le envié un audio de Ángela Arboleda del compendio de cuentos titulado *Sueños súbditos*, grabados durante la cuarentena en Guayaquil. Le envié el quinto cuento que hace referencia a dos hijos de un rey, uno tonto y otro brillante. El tonto se dedicó a seguir al jardinero. «Cuentan que sembró un enorme campo de gladiolos y trigo pero a nadie le importó».

Le quitaron el celular porque un día se levantó para constatar que había médicos en el hospital. Él había leído en twitter que los enfermos en el

IESS Los Ceibos solo estaban siendo atendidos por enfermeras. Seguro le preocupó no contar con un médico que respondiera por su salud. «El celular le quita días de recuperación» le aseguraron. «Si está angustiado y pensando en el exterior le hará daño».

Nos decían que sus pulmones se recuperaban, que se mantenía en el hospital por oxígeno. La familia presumía que Augusto estaba bien, aunque su novia presintiera que no. ¿Quién le pidió a Augusto que se quedara ahí porque afuera no había medicamentos ni atención médica? Imagino que Augusto quería salir porque seguro le molestó no saber qué pasaba en realidad.

Un viernes alguien nos dijo que no era así, que su cuadro era complicado. Preguntamos una, dos, tres veces. Todos los pronósticos eran reservados. ¿Cómo es posible reservarse el derecho a la vida?

No queríamos creerlo. Quisimos creer que se iba a mejorar hasta que el miércoles 15 de abril a las 14:00 murió. Y no solo murió, le robaron sus cosas. Cuando pidieron de vuelta sus pertenencias como reloj, anillo, billetera y celular, dijeron que quemaron todo. En el hospital dijeron que las pertenencias de pacientes de COVID-19 se incineraban. La cuenta bancaria de su padre, que Augusto manejaba con una tarjeta de débito con la que ingresó al hospital, estaba en cero. El último débito lo hicieron mientras su hermano Nelson iba a recoger su cadáver. Su padre, un jubilado que había decidido no revisar más su celular por la tristeza, recibió por ahí las notificaciones de retiro de su cuenta.

Mientras me llegaba la noticia de muerte de Augusto tenía que cerrar las páginas del periódico, contar la historia de Ángela Arboleda, alguien que nos cuenta cuentos para poder dormir, aunque el presente quiera

querernos metidos en otra cosa, aunque las fronteras sean reales y los discursos autoritarios que nos ponen en orden con ciertas decisiones parecen inverosímiles y más desoladores que la ficción.

Hace unos días también murió Andrés, el esposo de la prima de mi mamá. Falleció por COVID-19. Mi mamá me contó que él mismo entró al hospital, como fue el caso de Augusto. Lo internaron el sábado y el lunes falleció. Es impactante saber que una persona que se está tratando en casa, va al hospital y en dos días muera. Dos días después, la prima de mi mamá pudo contar que su esposo había muerto.

Debe haber un lugar en el cual podamos sobrevivir.

Es impresionante como funciona nuestro cuerpo, nuestro cerebro, cómo el control de la respiración puede darnos paz. No estar consciente de ello nos arruina. Hace un año murió mi tía de cáncer, y mi mamá me contaba que antes de morir, su hermana Jacqueline trató de tomar aire y se fue.

Entreno apnea hace dos años, un deporte extremo que tiene como base el control de la respiración. El último año me enfoqué en competición. Frequentaba la alberca con un equipo. Es diferente aguantar la respiración en el agua que hacer apnea en seco. Es como si el agua te comprimiera los órganos para que el oxígeno fluya. Aguantar el aire en la tierra es un proceso mental que puede implicar meditar. Llegas un momento en que tu cuerpo pide respirar y empiezas a tener contracciones. No sé cómo se siente parir, pero creo que es así.

Practicar es un momento para mí, para desconectarme y dejar de trabajar. Al día me aguanto la respiración varias veces ahora en mi habitación.

Al levantarme trato de hacer una tabla de CO₂ para tolerar ese gas que a veces el cuerpo no tolera tanto. De CO₂ se llena nuestro cuerpo cuando no recibe oxígeno. Traigo puesta la pinza sobre mi nariz antes de cocinar. Mi cuerpo me dice: ¡puedes hacer esto!

Quiero volver al agua, pero Guayaquil se siente como sumergida desde hace tiempo. Nos dicen: «esto es el progreso». La ciudad de las piletas, de la rueda moscovita, de las esculturas de bronce con personajes ‘caricaturescos’, de rejas que prohíben informales, necesitaba verse a sí misma, sin fantasías. Y duele. Hemos estado viviendo en una burbuja. Y todas son ideas superficiales que promueven la inequidad. ¿Por qué dejamos sumergir nuestras ideas en frases chauvinistas de un Guayaquil independiente o *madera de guerrero*?

Cuando veo por la ventana hay un helicóptero con la patrulla encendida y las ambulancias pasan. Medicina legal también pasa. Y un hombre levanta ataúdes para trepar en un camión, como de esos que recogen la basura, pero limpio, sin música y con letras verdes que dicen la ‘paz’ y algo más...

La aspiración de un Miami chiquito, de una ciudad adoquinada con el edificio más alto. Se destruyeron el estero y el manglar. ¿Y ahora de qué nos sirve? Así como el apnea me ayudó a ser consciente de mi cuerpo, espero que Guayaquil se dé cuenta de que estuvo sumergida y que necesita recibir y procesar oxígeno.

Correspondencia: 31/03/2020 - 10/05/2020

Jéssica Zambrano Alvarado (Guayaquil, 1991). Periodista y editora de *Cartón Piedra*, sección cultural en Diario *El Telégrafo*.



Carlos Luis Ortiz

**GUAYAQUIL
ESTÁ HUÉRFANA
DE AUTORIDADES**

La cuarentena me sorprendió en Quito, de visita a mi hija. Mi domicilio y familia están en Guayaquil. Mi mamá es una persona que pasa los 70 años. Tiene una boutique en el centro de la ciudad.

Le cuesta mucho sobrellevar la inamovilidad, acostumbrada a ir de un lado a otro por su actividad económica. Ella viaja con frecuencia a Alausí donde está la casa de mis abuelos, que también tienen un almacén. Inactivos, se sienten relegados.

Su día a día transcurre ahora dentro del departamento, ordenar la casa y jugar con mi hermana. Al lado vive mi hermano mayor y ayuda a hacer las compras (cubierto hasta la cabeza) cumpliendo las medidas impuestas por el gobierno. El tema está alterado en el centro de Guayaquil, donde prolifera sobre todo la indigencia. Caminas por 9 de Octubre o Boyacá y hay indigentes. Muchos son adolescentes que consumen hache. Las autoridades municipales no les han prestado la atención debida. Ellos siguen viviendo en los soportales. Están propensos de contagiarse con COVID-19.

De lo que ves en la televisión, muchas cosas son reales y otras están sobredimensionadas. Lo real es que hay muertos. Lo real es que hay cadáveres en las calles por falta de abastecimiento en los centros de salud. Guayaquil está huérfano de autoridades. La gente está haciendo lo que puede.

Guayaquil es una ciudad dividida por clases sociales. Es visible solo un cincuenta por ciento. La ciudad es un puerto donde hay intercambio comercial desde antes de la República y su trabajo es libérrimo. El trabajo

asalariado empieza en Guayaquil. La gente sale a las calles a trabajar y es el que vemos: el Guayaquil marginal, el Guayaquil de los bordes, el de los cinturones de pobreza de donde salen los trabajadores que vienen al centro de la ciudad.

Tres o cuatro amigos de mi padre han muerto por COVID-19. A veces pienso que no volveré a ver a mis padres. ¿Cuánto tiempo pasará? Hablo con ellos todos los días.

Correspondencia: 31/03/2020 - 04/04/2020

Carlos Luis Ortiz (Alausí, 41 años). Poeta, comunicador y profesor universitario. Autor de *El niño alucinado*, premio único en el II Festival de Poesía Joven Ileana Espinel Cedeño 2009; *Lírica existencial para vagabundos* (2011); *Biografía del espejismo* (Gobierno Autónomo de la Provincia de Pichincha, 2013); *Memoria y vértigo* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 2016).



Luis Carlos Mussó

**ESTA NOCHE
DE INCUBACIÓN
PULMONAR**

El 17 de marzo fue mi cumpleaños y arrancó la cuarentena. Vivo una caótica partida de ajedrez con reglas que desconozco. Reflexiono sobre la propagación de esta noche de incubación pulmonar. Pienso en mis viejos, muertos en 2018 y 2019, Luis Carlos y Aurora. Exhalo reconociendo que no habrían resistido el trance.

Voy de la hamaca al escritorio y de ahí a la cocina.

Cada día doy el pésame a mis conocidos. Se fueron el médico compañero de colegio, el profesor que te enseñó a leer y escribir cuando tenías cinco años. Pienso que les debo este texto.

Me limpio la mirada.

En las calles de Guayaquil recostaron, sin moneda alguna, a los muertos afuera de sus casas.

Usaba mascarillas cuando pedía prestados libros antiguos en la biblioteca; ahora las mascarillas y el gel de alcohol son para todos, así como el jengibre, la miel, y el paracetamol. Pensé ser el primero que se levanta temprano para ir al supermercado y lo que hallé fue una fila de vecinos precavidos.

Te toman la temperatura al ingreso y permiten la entrada a grupos de 5 personas. Asepsia es la regla: desinfección de carritos, perchas, cajas. Escasean ítems. Tu neurosis se trenza con la ajena.

La ronda del helicóptero controla el toque de queda con su paneo en picado; esta vez se le ha incorporado la bendición arzobispal con una

réplica del Cristo del Consuelo que traza su inútil crucigrama allá arriba.¹

El cielo de Guayaquil, la ciudad que recordará en octubre el bicentenario de su independencia política, se encapota parcialmente por los gallinazos.

Cuando los lúcidos griegos emprendían un proyecto (guerra, fundación de colonias) se sumergían en la boca oscura del oráculo. El de hoy es la ciencia médica, que trabaja contra reloj.

Edipo sabe al fin que la tragedia reside en el vínculo con sus padres; el parricida gobierno ecuatoriano cercenó un importante porcentaje del presupuesto en salud pública. Es, en gran parte, responsable de que esta noche eclipse la economía y la existencia de un pueblo.

Tragedia la que escribió Sófocles; tragedia la que vivimos. Esta partida no termina; la reina muerte es dama que señorea en el tablero que habitamos.

Correspondencia: 09/04/20 – 20/04/20

Luis Carlos Mussó (Guayaquil, 1970) Poeta, narrador y cronista. Autor de *Cuadernos de Indiana* (Camareta Cartonera, 2011) y *Mea Vulgatae* (Cascahuesos, 2014). Ha publicado dos novelas: *Oscurana* (Antropófago, 2011) y *Teoría del manglar* (Universidad Católica del Ecuador, 2017), además del ensayo *Épica de lo cotidiano* (Universidad Andina, 2013), las crónicas *Rostros de la mitad del mundo*, Premio José Peralta 2015, y el libro de entrevistas *La orilla memoriosa* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2017).

¹ Giovanni Battista, obispo auxiliar de Guayaquil, debido a la prohibición de realizar las procesiones de Semana Santa, a causa de la emergencia sanitaria, el Viernes Santo (10 de abril) subió a un helicóptero con una imagen pequeña del Cristo del Consuelo, una custodia dorada y acompañado de un sacerdote, para repartir la bendición desde el aire, a toda la ciudad.



Laura Nivelá

**CUANDO SE QUEMA
GUAYAQUIL, SE QUEMA
UNA PARTE DE NOSOTROS**

Para mí Año Nuevo es la peor fiesta del año. Le tengo un disgusto muy grande a los monigotes que tradicionalmente se queman en las calles. Intento comprender el porqué.

Reviso la historia de Guayaquil y es una historia de incendios y pestes. Fiebre amarilla. Tuberculosis. Gripe española.¹

Y ahora ¿quema de cadáveres en las esquinas infectados por coronavirus? Es como si el Gran Incendio de Guayaquil de principios del siglo XXI hubiera reaparecido y no se extinguiera.² Es como si los guayaquileños creyeran que el fuego nos puede ayudar. Freud dice que cuando contemplamos y vemos quemar cosas, queremos quemar lo que sentimos.

¿Qué arde en Guayaquil cuando se ha quemado?, ¿qué se enciende cuando los monigotes crujen en el año nuevo? Hay muchísimo ruido viendo hogueras. Hay el ánimo de resurgir. ¿Ves la llama en su verdadero potencial?, ¿entiendes que puede tragarte?

Durante los primeros 45 días de pandemia por COVID-19, Guayaquil tiene diez mil muertos. Estamos en nuestras casas totalmente desam-

parados. No podemos ir a un hospital. Mis padres no tienen seguro médico. Y cuando mi madre enfermó, mi papá no quería decir cuál era su estado de salud. Fiebres de más de 42 y 45 grados aquejan el cuerpo de mi madre en intervalos de ocho horas. Al pasar de los días, la vi desmejorar. Cansada. Débil para levantarse de la cama. Con diarrea. Pensé que era dengue.

Mi papá habló con una doctora que al conocer los síntomas le dijo que podía tratarse de COVID-19. Ninguno de nosotros se hizo la prueba. Papá perdió el olfato. La doctora le recetó una lista de pastillas que se están usando para combatir la fiebre y la diarrea: azitromicina, colufase (nitazoxanida) y muchísimo suero oral. Durante cinco días debes tomar una colufase cuando te levantas. Después de almorzar una azitromicina, y después de merendar otra colufase. La ingesta de este cóctel farmacológico te mareas, te provoca taquicardia, te hace ver cosas, te vuelve loca.

Antes de la cuarentena, vivía cerca de la casa de mis papás. Acostumbraba desayunar con mamá. Decidí mudarme cuando noté un cambio de color en su piel. Ya no era colorada o amarilla. Era gris. No comía. Me decía: «Ya me quiero morir, Laura». Tomé mis cosas para estar junto a ella. Dormí a su lado. Me desperté al mismo tiempo. No me despegué.

Cuando convivimos con alguien infectado por COVID-19 sabemos que nos vamos a infectar. Es como si un cuerpo se convirtiera en un planeta ácido o en una bomba de tiempo. No sabemos cómo nos afectará pues el virus actúa en cada cuerpo de manera diferente.

¹ La fiebre amarilla azotó a Guayaquil en 1842. Para ese entonces en la ciudad había alrededor de 13 000 habitantes, la peste se llevó 2454 de ellos y se registraron más de 8000 contagiados. En 1918 llegó al Ecuador la gripe española, un año después las autoridades del país afirmaron que la epidemia había sido controlada, pero para eso tuvieron que cerrar las instituciones educativas y las actividades públicas. La tuberculosis, en cambio, no tiene una fecha de aparición en Guayaquil. Conocida también como 'peste blanca' o 'mal de vivir', es una de las primeras enfermedades humanas de las que se tiene constancia y fue, sobre todo durante el siglo XIX, responsable de un sinnúmero de muertes. Ahora es menos común y existen diversos tratamientos para afrontarla.

² El Gran Incendio se produjo entre el 5 y 6 de octubre de 1896. En 48 horas el fuego destruyó el centro norte de Guayaquil. Humeantes escombros se veían arder en 80 cuadras donde las cenizas calientes se negaban a ceder. 1200 casas consumidas, y 25 000 personas sin hogar. Los reportes cuentan que el aire sofocante provocó un huracán. Los afectados fueron el alto comercio y los edificios más altos, donde se concentraba la vida.

Cuando el virus afectó mi cuerpo, mi lengua hervía y sentía dolor en los riñones. Tuve grandes náuseas. Mi piel olía a arcilla recién mezclada. Tuve fiebre.

Si muero habré tomado galones de suero oral por gusto. Si muero no habrá cuerpo que resista más el sol, ni que vea las sonrisas de las conversaciones ajenas, ni que sueñe con objetos rojos o escaleras en medio de la selva, ni que vea las calles inundadas después de la lluvia o que lllore al amanecer desde un techo. No habrá manos para jugar y ver al despertar. Ni pies que estudiar cada vez que vea hacia abajo. Cuando esté muerta no veré nada, solo tendré un ligero dolor de cabeza donde recibí un golpe o donde pedí un beso, donde alguna vez tuve memoria, donde alguna vez pasó la mano mi madre.

¿Pagar un hospital? Un tanque de oxígeno cuesta entre 300 y 1000 dólares. ¿Cómo la movilizo?, ¿cómo conseguir dinero? Tantas preguntas frente a algo que es inminente.

Empecé a escribir un diario el 17 de marzo. Escribí: «Tengo miedo de que mi mamá muera y no pueda hacer nada al respecto». Recuerdo ir en el auto junto a mi mamá, escuchando a Avril Lavigne, fumando, insultando a la gente. Su fase rebelde cuando yo era pequeña. Tuvimos tantas discusiones mientras crecía. Pero cuando entré a la UArtes, se convirtió en la persona que me tomaba de la mano y quería pasar el tiempo conmigo. Nunca ha sido mi antagonista. Es el reflejo de mi transformación. Ha hecho posible mi vida: comida, techo. Me cuida porque quiere. En momentos difíciles, era ella cuidándome a mí, o yo cuidándola a ella.

Mi papá consideró cavar una tumba para mi madre en el patio. No había dinero para enterrarla. Solo cuando ella se recuperó me lo confesó, un hombre fuerte que trabaja en los puertos. Maneja tráileres. Renunció porque ahí ya había bastantes muertos.

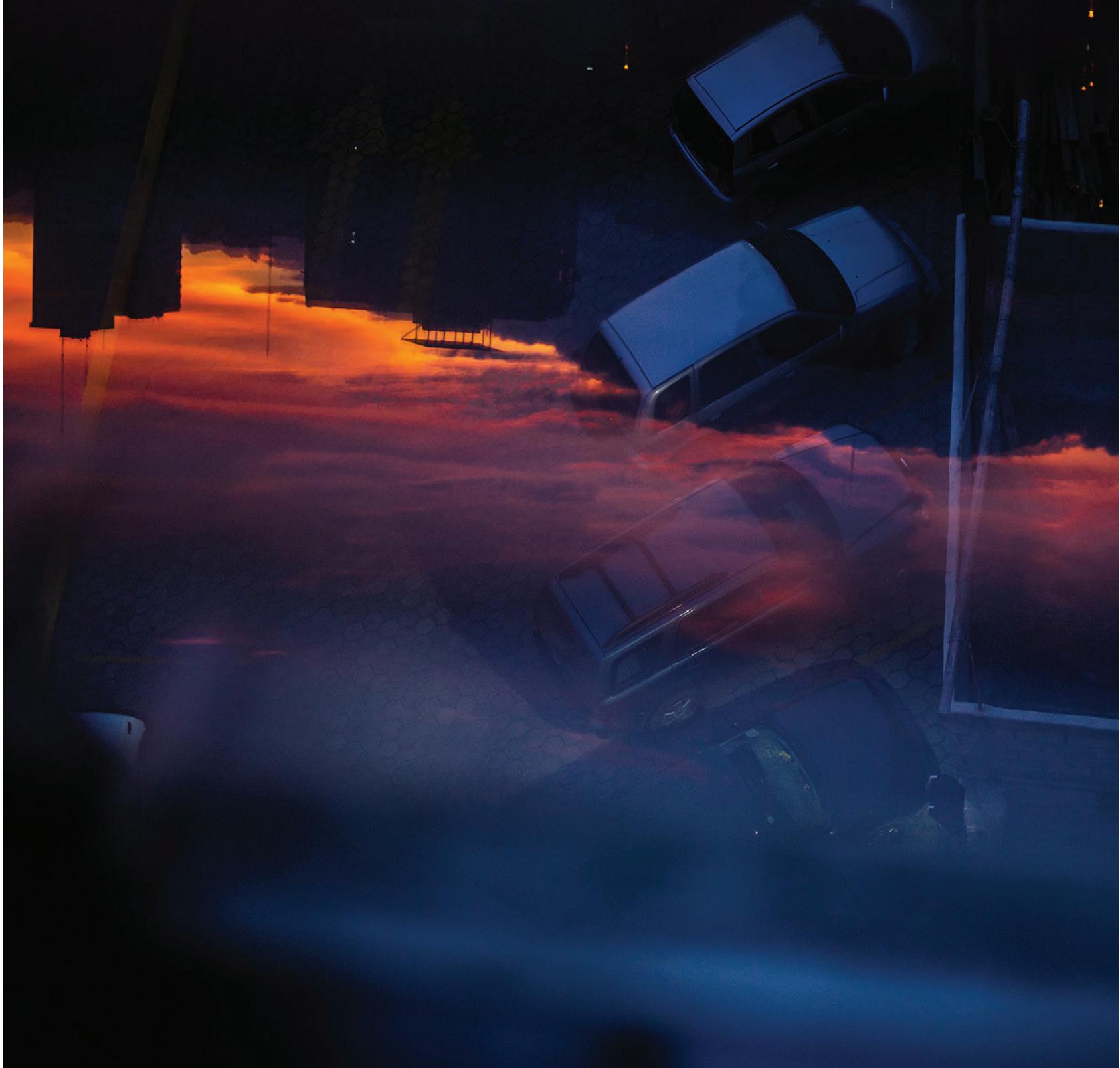
Hace apenas dos días mi mamá recuperó el color normal de piel. Hoy se levantó con ganas de hornear pasteles como Hestia, la diosa griega que domina el fuego, que da calor y vida a los hogares. Simplemente empezó a buscar chocolate. Reunió todo el chocolate que pudo. Batió. Sacó los moldes que había en la casa. Revolvía sustancias, líquidos, hasta lograr la masa. Horneó sin parar. El olor a chocolate es el mejor olor que hay en casa. Comí un pedazo de torta hirviendo.

Mi papá se llama Pablo Nivelá y tiene 49 años. Mi mamá se llama Carmen Guaranda y tiene 51. Es la mujer que domina el fuego que se come todo. Da luz y protección.

Mientras los hombres y las mujeres contemplan las llamas del año nuevo o la de las esquinas en esta cuarentena, ¿a qué renuncian? Podrían extinguir el fuego —incluso con el agua de su propio cuerpo— pero eligen no hacerlo. Cuando se quema Guayaquil, se quema una parte de nosotros.

Correspondencia: 09/04/20 - 06/05/20

Laura Nivelá (Guayaquil, 1998). Actualmente estudia Literatura en la Universidad de las Artes. Forma parte del equipo de la revista *Tangente* de dicha universidad. Ha publicado “Vehículos amatorios”, en la antología *Tela de araña, muestra de textos y pre-textos* (Rasguño, 2017).



Tatiana Landín

**DESPEDIDA
SIN ABRAZOS**

Son días extraños. Mi familia y yo estamos pasando por el duelo de mi abuelo Roberto Ramírez Cucalón. Tenía 83 años. Aún no sé cómo asimilarlo. Es como estar suspendida en el tiempo, una irrealidad. Mi abuelo no murió de COVID-19, pero su muerte nos hizo sentir lo que es vivir el efecto de esa enfermedad. Ya te imaginas: una despedida sin abrazos, sin cercanía. Esto fue hace dos semanas.

Los días se acomodan entre las clases de finalización de la maestría en línea. El 2 de abril me preguntan mis compañeros cómo me siento. Debo apagar la cámara web para que no me vean llorar. Ese día, por casualidad, encontré una nota de dedicatoria en una página que arranqué de mi primer ejemplar de la novela *Madame Bovary*. Fue su obsequio cuando tenía 16 años. En enero de 2004, mi abuelo escribió: «Siempre podrás contar conmigo». Adiós, abuelo. Esta despedida es a través de la memoria, para imaginarte y dar paso a la elipsis.

Mi vida cotidiana se mueve entre las tareas de la maestría que me obligan a cuestionarme el para qué; es como que se ha instalado un nuevo sentido. El próximo mes cumpla 35 años, el 11 de abril. Estoy aislada de mi familia y vivo sola con mi perro. Aunque parezca paradójico, mi única salida fue para asistir al funeral de mi abuelo.

Extraño caminar. Desde que vivo en Quito, camino más. Antes de la cuarentena, un día sábado podía caminar hasta dos horas de ida y de vuelta a casa. Veo la puerta que permanece cerrada y me hace sentir culpable. Sé que hay tanta gente que debe salir a trabajar, buscar alimentos, medicinas. Hoy vemos la desigualdad social en todos los sentidos.

Mi vida cotidiana está llena de labores de autocuidado, de estar cerca de mi familia a través de mensajes, videollamadas y de estar pendiente de la información que circula en medios no oficiales. Trato de mantener la serenidad y la paciencia a pesar del dolor y el miedo que nos provocan las muertes anónimas, de cómo se precariza la vida y la dignidad humana.

¿Viste lo de los muertos? Se pierden los cadáveres y los familiares deben reconocerlos. Es terrible. El titular del periódico de hoy dice: «El virus les robó la despedida».¹ En esas historias de Guayaquil, tampoco hubo tiempo para el luto. Los deudos quieren enterrar a sus muertos, pero no hay despedidas. No hay velas encendidas, ni flores, ni abrazos de consuelo.

Escucharnos y hacer estas construcciones colectivas le están dando otros significados a la forma de relacionarnos y objetar al mundo. Sé que la cruda realidad está en los bordes, esos que muchas veces no alcanzamos a transitar. Trato de fijar la mirada en ese dolor de hacer filas y esperar turno para sepultar al ser querido.

Correspondencia: 31/03/2020 - 21/04/2020

Tatiana Landín (Guayaquil, 1985). Periodista. Licenciada en Comunicación social mención Literatura de la Universidad Católica de Guayaquil. Becaria de la maestría en Estudios de la cultura mención Género y cultura de la Universidad Andina Simón Bolívar.

¹ Blanca Moncada (05 de abril de 2020). *Diario Expreso*. Disponible en: <https://www.expreso.ec/guayaquil/testimonios-covid-19-virus-les-robo-despedida-8570.html>



Diego Zaldumbide

UN ESCRITOR

NO LE TEME AL SILENCIO

Un escritor disfruta hasta cierto punto un grado de soledad mayor que otros, incluso hasta es capaz de aislarse, casi que obligarse a escuchar su voz interna. Un escritor no le teme al silencio. Y de igual manera, escucha la bulla. En ese sentido, no he notado tanto el paso de los días. Pero en cuanto a la cotidianidad, he intentado no contaminarme con noticias. Estoy informado.

Trato de leer nuevos estudios, las cadenas (nacionales), entrevistas a políticos. Selecciono las noticias que consumo. Me involucro más en los quehaceres de la casa. Soy yo el que, compartiendo techo con mi familia, voy por las compras. Tomo precauciones.

Mis padres son dos personas con discapacidad. Mi mamá sufre de artritis reumatoide y toma medicamentos que deprimen el sistema inmunológico. Y mi papá tuvo una operación hace unos meses atrás. Mi papá sufre de ansiedad.

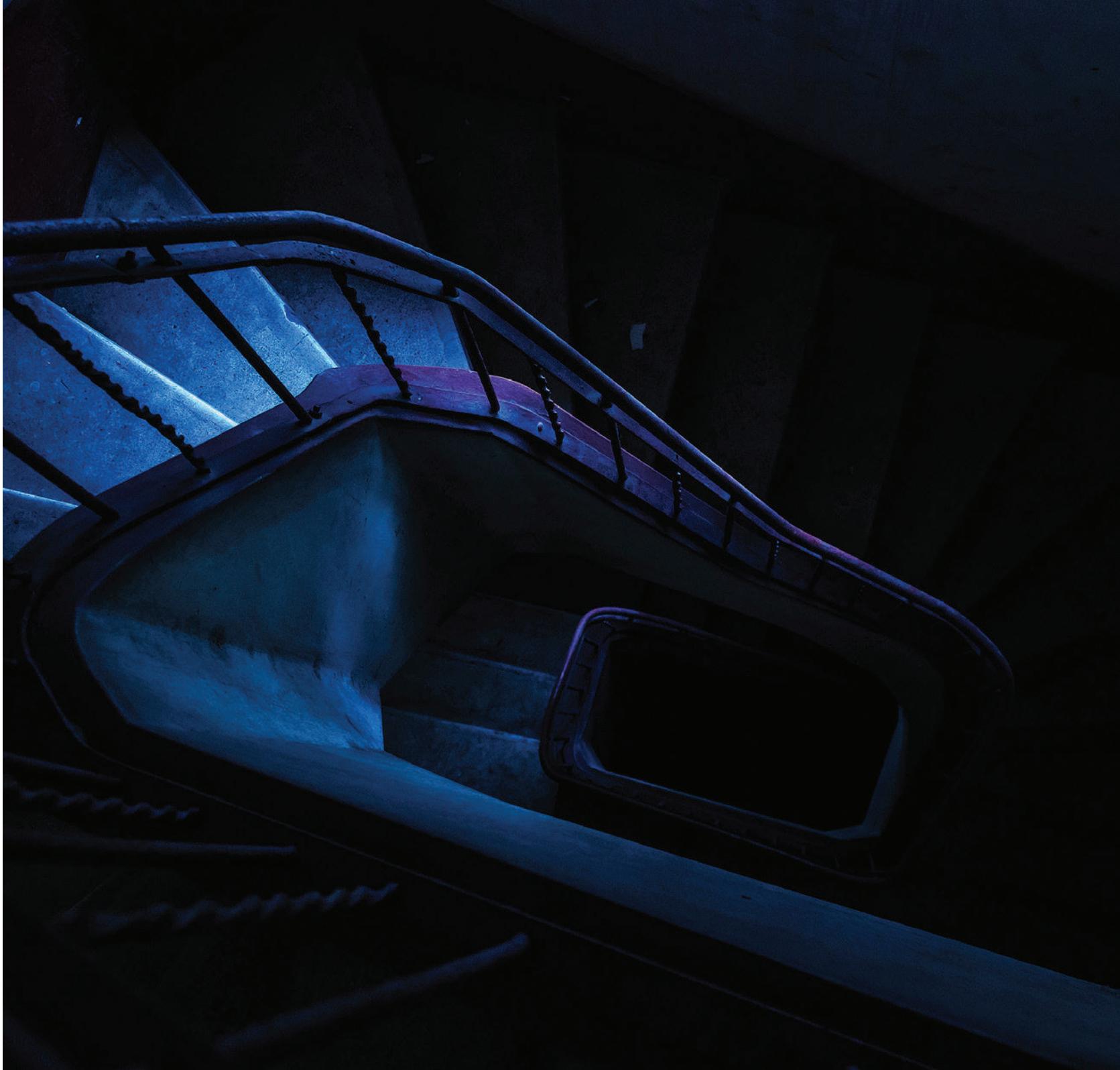
Retomé el Tai-chi que, acaso por mis raíces, me llama y me cura. Me ducho. Hago trabajo del colegio. Boletines. Superviso relaciones públicas. Hago diseño gráfico. Me pego un tabaquito. Descanso. Revaloricé el hecho de sentarme a comer con mi familia. Fue en esta cuarentena que vimos por primera vez una película todos juntos. *Perfume de mujer*, con la actuación del Al Pacino.

Estoy leyendo *Inteligencia emocional* de Daniel Goldman y un libro de 300 poemas de la Dinastía Tang que compré en México. No he escrito nada. Es un momento de introspección. Se está consumiendo más arte. Algu-

nos escritores y pensadores guayacos han respondido a los ataques en contra de esta ciudad. Estoy aguantando. Estoy luchando, pero, sobre todo, estoy consciente.

Correspondencia: 31/03/2020 - 05/05/2020

Diego Zaldumbide (Guayaquil,1987). Músico y poeta. Docente. Descendiente chino. Autor del disco *Seres sin memoria* (2014) y del poemario *La música que queda* (Universidad Técnica Particular de Loja, 2019).



Andrés Emilio León

**CIERRA LOS OJOS
Y PIDE UN DESEO**

Sonia inventa juguetes hechos con material reciclado e improvisa un papelógrafo para que Matías, de solo un año y medio, se siente y pinte. Se divierten y ríen mucho, mientras aprovecho para trabajar.

Pero luego es mi turno, y mientras Sonia trabaja, yo me siento con Matías frente al teclado MIDI para jugar con las melodías, y juntos, vamos probando una a una, cuál quedaría mejor en una canción. Todo se graba: lo que él toca con sus deditos y lo que yo improviso con los míos. Esos audios sirven de base para, en las noches, sumarle guitarras, bajos e intentos de voces que luego son enviadas como borradores a mis hermanos musicales de la vida, esperando que todo crezca.

Pero hoy no podemos grabar mucho. A las 19h00 tenemos una sorpresa. Cuando Sonia nos alcanza en el comedor, se encuentra a 23 personas en una videoconferencia que están listas para cantarle el feliz cumpleaños. Todo es un maravilloso desastre en el que se mezclan los audios, pero también las emociones, y Sonia conversa con sus amistades más cercanas que están muy presentes y pendientes en aquel cumpleaños a distancia.

Antes de soplar las velas Sonia cierra los ojos y pide un deseo. Se toma su tiempo y hasta parece que la imagen se ha congelado por alguna mala conexión del Internet. Ella de seguro pide lo mismo que todos hoy por hoy en Guayaquil... y en el mundo.

Sonia se queda con sus invitados virtuales conversando y yo me llevo a Matías para jugar un poco con el balón. Patea durísimo nuestro

hijo. Y mientras sonrío, lo imagino —en cámara lenta— jugando su primer partido en la escuela, gambeteando el pasado y mirando fijo el futuro.

Correspondencia: 31/03/2020 - 21/04/2020

Andrés Emilio León (Guayaquil, 1978). Comunicador enfocado en el desarrollo de campañas públicas y sociales. Fue tallerista de Miguel Donoso Pareja e integrante del Grupo Cultural Busetita de Papel. Escribe cuentos y hace música. *Descartable* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2017) es su primera novela.



María Cecilia Velasco

**RUEGO POR QUE
DEJEN DE SONAR
LAS AMBULANCIAS**

No he entrado últimamente a Facebook. Sé que hay malas noticias que lamento enormemente y que provienen de Guayaquil, la ciudad donde vivo desde hace dos años. Hoy debí salir por una gestión inaplazable, sintiendo que caminaba sobre una zona minada.

Uno de aquellos hombres que aún quedan cuidando los pocos autos estacionados, me saludó con un «Que Dios la bendiga». Ambos sonreímos a través de las mascarillas.

Fui por alcohol y guantes a la farmacia de la esquina, diagonal a la Biblioteca de las Artes, y la mujer que solía venderme agua en los buenos recientes tiempos me preguntó si estaba bien.

He recordado que justo antes de venir acá, en Quito, un connotado escritor me dijo que era yo la única persona en el mundo que declaraba que le gustaba Guayaquil. Y creo que mucho de lo que siente cierta intelectualidad quiteña se expresaba en ese asombro.

Y sí, aun con su ruido y su desorden, esta ciudad me gusta. Tal vez desde la infancia, con los cuentos de mi abuela y su vida breve en el puerto, y luego en algún viaje, cuando Margarita me hizo ver las iguanas en el parque.

Tanta gente generosa y noble he conocido en Guayaquil, que no me alcanza la gratitud. Deploro los ataques regionalistas y los estigmas contra los habitantes emprendedores de este puerto abierto y delirante, lugar de origen de pensamiento, literatura, pintura, escultura, además de tantas otras profesiones y oficios.

Echo tan de menos a los voceadores de agua, tal vez no la mejor agua del mundo, pero bendita para auxiliar a los caminantes que sufren el calor húmedo e intenso de Guayaquil.

Con toda la fe de la que soy capaz, ruego por que dejen de sonar las ambulancias, cese el reino de la muerte, los enfermos sanen, los agonizantes se recuperen, vuelvan los imperfectos y heridos a la vida. Por lo que he leído, sí hay señales de recuperación que dan aliento.

Este país tan pequeño tiene que reencontrarse a través de una ciudadanía que frene a los corruptos. Debemos empezar de nuevo una vida más fraterna.

Correspondencia: 05/04/2020 - 09/04/2020

María Cecilia Velasco (Quito, 1966) Editora de revistas culturales y profesora de literatura. Obtuvo el Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil 2010 con su novela *Tony*. Es autora también de *El día de la gratitud* (Alfaguara, 2017).



Cristian Avecillas

**EL APOCALIPSIS
SE ENSAÑÓ
CON GUAYAQUIL**

Este apocalíptico momento que está atravesando nuestro planeta se ha ensañado con Guayaquil. En la calle donde vivo murieron Hermán y Carlo. En la calle de atrás murieron Víctor y Juana. Y en el parque, Byron; y más allá, Fabricio. El amigo de mi padre falleció hace una hora. En mi entorno de conocidos tengo que hacer el recuento, que es algo macabro y frío. Son 15 personas las que ya no volveré a ver.

En una publicación en redes sociales que hice hace unos días narré el Guayaquil de mis pavores. Recién ahora puedo escribir algo porque desde hace cinco horas no tengo más muertos. A lo largo de este día: Juan está llorando a su madre; Webster, a su hermana; Jorge, a su primo James. La calamidad en Guayaquil es innombrable: el cielo cubierto de aves carroñeras, los barrios llenos de insepultos, las farmacias desabastecidas, los precios desorbitados. Eso en la ciudad.

Pero hacia adentro, en los hogares, la calamidad es hecatombe; por ejemplo, Juan, mi querido amigo Juan, poeta, ciego, líder, tiene «en el cuarto de atrás» al cuerpo de su madre, Angery, desde hace tres días, cubierta de hielo y con dos ventiladores a toda potencia para intentar paliar la putrefacción, esperando, esperando; hoy me dijo: «nicho ya tenemos y por fin conseguimos todos los documentos, pero ya no hay ataúdes, ya no hay ataúdes». Mañana podrá enterrarla. Un ebanista venezolano rompió el sofá de su casa y con él construirá una caja donde mi amigo Juan podrá enterrar a su madre.

Hacia adentro, en los hogares, la calamidad es la brutal ira de dios; por ejemplo Zoila —sola en casa, diabética, sencilla—, todos los días se levanta de sus lágrimas para buscar a su padre, Armengol López, y llega hasta las puertas del hospital Abel Gilbert y pregunta, llora, grita, reclama, ruega, y no le dicen nada. Hace un mes, el 3 de marzo, lo llevó para

hacerle una tomografía, fue atendido por la doctora Jaramillo, y sufrió un derrame. Entonces se desató la crisis y él se quedó allí adentro y se supone que está allí adentro porque adentro se quedó, se supone, en el tercer piso, se supone, porque allí lo dejó Zoila cuando se fue a casa para dormir algo, hace un mes. Cuando volvió al día siguiente, ya no le permitieron entrar y desde entonces ya no sabe nada, no le dicen si está vivo o si está muerto. Los guardias no le permiten entrar. Con razón, pero atentando contra el mínimo derecho de saber si su padre aún está vivo, allá adentro, o si ya murió y está amontonado en un contenedor encima y debajo de otros cuerpos.

¡Oh, sí! La ira de dios sobre los hogares destruidos en una ciudad desbordada. Mi tío Kiko me decía el otro día en una llamada virtual: «de los compañeros universitarios de mi promoción de doctores ya han fallecido quince, solo de mi promoción ya han muerto quince, Cristian. Quince».

Normalmente las catástrofes nos permiten un espacio para el heroísmo, pero esta no: esta está arrasando con todos, y los héroes, los doctores, uno a uno van falleciendo. Por ejemplo Nino, el doctor de cabecera de la familia, ya falleció.

Normalmente las autoridades civiles han logrado más o menos encaminarnos, ya sea hacia la realización de sus intereses personales o hacia la realización de nuestros intereses públicos, pero esta vez parece que no hay camino y, por ende, las autoridades de la ciudad y del país solo parecen decir: «la humanidad va a superar esta pandemia, pero lo hará sin nosotros».

Lo más paradójico es que Guayaquil debería celebrar en octubre de este año el bicentenario de su Independencia. Sin embargo, los guayaqui-

leños que sobrevivan estarán tan agotados de llorar a sus muertos que ya nadie recordará la libertad que nos confirió el poeta Olmedo, porque cuando todo se trata de vida o muerte ya no hay idealismo posible, no hay poesía posible, salvo sobrevivir.

Si queda algún guayaquileño, quizás el próximo año no festeje el 201 aniversario de la Independencia de la urbe, sino el Primer aniversario de haber sobrevivido a esta pandemia, tan ensañada, tan crudelísima, tan mortal sobre “La perla”, el “Guayaquil de mis amores”.

Correspondencia: 31/03/2020 - 21/04/2020

Cristian Vecillas (Quito, 1977). Poeta, actor y dramaturgo. Fundador del Grupo Teatromiento. Autor de *Funeraria Travel*, Premio Latinoamericano de Dramaturgia 2009. Su obra *Todos los cadáveres soy yo* obtuvo mención de honor en el Premio Casa de las Américas 2008. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía César Dávila Andrade, 2008, con el libro *Ecce Homo II*.



Siomara España

LA COLMENA VACÍA

Confieso que nunca creí en las noticias de una epidemia. Teorías de la conspiración, pensé. Encierro y teletrabajo. Pesadillas cibernéticas con máscaras de miedo. Empecé una novela. Pero solo redacté una página. Desde que el gobierno declaró el toque de queda el 17 de marzo, no había salido de mi casa hasta que recibí esa llamada.

El jueves 2 de abril, Rodrigo Pesántez Rodas agonizaba. Durante una semana recorrió clínicas y hospitales con asfixiante tos. Ningún hospital quiso recibirlo. «No hay cama», dijeron. Quienes lo acompañaron en ese periplo de hospitales fueron Fernando Magallanes y José Baidal. El único médico que le pudo atender le mandó a hacer una radiografía y a aplicarse unos sueros con vitaminas. Le diagnosticaron un problema pulmonar, pero lo enviaron a casa. Rodrigo necesitaba esos sueros.

Entonces fui al centro de la ciudad, a la distribuidora farmacéutica donde creí que tendría más oportunidades de conseguirlos. Colas inmensas. Largas horas. Mientras hacía fila observaba a la gente. Sentía la prevención de que alguien me tocara. Intentábamos guardar la debida distancia entre nosotros. Había gente que usaba capucha o abrigo y eso en Guayaquil, una ciudad calurosa, es algo increíble. Estábamos todos ahí por una razón importante. Dijeron que hubo desobediencia. Lo que yo vi fue una gran necesidad de buscar medicamentos y comida.

Hubo un momento en que una mujer evangelista citó en voz alta Las Escrituras. En medio de mi desesperación y el deseo de que la fila avanzara, las lecciones proféticas del Apocalipsis reverberaban con el calor del día. A las 6h00 el termómetro marcaba 24 °C y al medio día, 33 °C entre un cielo totalmente despejado y después parcialmente nublado. Su voz era la única flecha que interrumpía el silencio. «Viene el final de los tiempos. ¡Arrepiéntanse!». Nadie se atrevió a decir nada. Es el silencio que hemos vivido muchos en estos días.

Los silencios de los supermercados. Los silencios de la calle. ¿Nadie quiere decir nada? Hemos vivido muy de cerca el silencio de la muerte. ¿A quién reclamamos? Guayaquil está abandonada. Los habitantes de esta ciudad sentimos el abandono espiritual. Nos han despojado de tanto.

Desde que ingresé a la Universidad de Guayaquil y pude asistir a clases con el maestro Rodrigo Pesántez —autor del libro *Presencia de la mujer ecuatoriana en la poesía* (1960)— sentí una empatía por su vocación con la estilística y la poesía. Entre sus alumnos están Sonia Manzano, Jorge Velasco Mackenzie, Dalton Osorno, Aminta Buenaño y tantos otros.

De camino a su casa por la vía Terminal-Pascuales, los pensamientos se hacían enjambre: mi madre y sus problemas cardíacos; mi padre y su usual melancolía; mi hermana de paseo en New York; mi hija Paula en Buenos Aires. ¿Tenía miedo de contagiarme? Olvidé esa posibilidad. El toque de queda inicia a las 14h00. Estaba un poco ida. Solo quería ayudar a salvarle la vida.

¿Quién podrá aplicar un suero? En medio de la conmoción, una vecina doctora se compadeció. El suero no fue suficiente. La administración de oxígeno tampoco ayudó. Rodrigo no lograba respirar. A las 23h00 y sin ninguna asistencia médica, moría Rodrigo el poeta, mi maestro, mi mentor, mi amigo.

Dos días antes habló con sus hijas que viven en Quito. Estuvo casado con la poeta Ana María Iza. Murió tranquilo. Él supo que estaba enfermo de gravedad. Hizo lo que debía: despedirse. En sus últimos momentos tuvo el sueño de la muerte. Vio a su madre y le habló como si la tuviera cerca, me confió Fernando Magallanes.

Enjambre. Recuerdo el soneto de “La colmena vacía” escrito por Rodrigo: «buscan el alero del ombligo / la astilla de la carne que se aleja». Rodrigo sonríe en una foto hecha en las alturas del Cajas. «Este flaco Rodrigo / desprovisto / de neurastenia, / callos, / y virtudes, / dice cosas absurdas / que no entienden / los señores que editan / las palabras». Sus cenizas esperan por ser repartidas entre el mar de Olón en la provincia de Santa Elena y el río Guayas.

Cada vez que regreso a casa me doy cuenta de que tengo que bañarme, desinfectar las prendas, asear todo. El sábado y domingo que siguieron fueron de silencio.

Hicimos un homenaje para Rodrigo en la Universidad de las Artes el 4 de febrero. Le entregamos una placa al mérito como investigador y crítico literario. En nuestra última conversación me contó que quería escribir el libro *100 mujeres poetas del Ecuador*. Ése era su plan. «¡Vamos a hacer un libro a dos manos, señora bonita!» — me dijo. Quería hacer un estudio de la última centuria de producción literaria en el Ecuador hecha por mujeres.

Mi primer poemario, *Concupiscencia* (2007), tiene su prólogo. El maestro me decía: «Siomara, estos sonetos están chuecos». Riguroso. Crítico. Le agradezco. En los últimos tiempos de visita en su casa grabamos audios de sus conversaciones con David, mi esposo, quien se especializa en documentales de artes y artistas. Habíamos planeado empezar la producción de un documental biográfico a mediados de marzo.

Rodrigo, a sus 82 años, era un hombre lúcido. Acababa de lanzar el *Panorama del ensayo en el Ecuador* (CCE, 2017). De la historia de Rodrigo debe contarse que se fue del país siendo muy joven. Vivió en la España franquista. Difundió la literatura ecuatoriana con traducciones al inglés cuando vivió en Estados Unidos.

Alguna vez se le presentó la oportunidad de dar una conferencia en la cátedra de poesía hispanoamericana. Se arriesgó a desentrañar el poema “Los heraldos negros” de César Vallejo desde la pragmática, la semántica, la retórica. A partir de ese momento, quedó contratado como maestro y dictó cursos en Columbia University y en la Universidad de Minneapolis.

No hay médicos para levantar informes mortuorios. Los ciudadanos documentan y denuncian la angustia de cientos de muertos insepultos. Las familias tienden a sus muertos en las veredas y esquinas, en el solar vacío por el terror a contagiarse. Pestilencia y descomposición mientras la indolencia y el poco raciocinio bailan al son de la banda en una boda *pelucona* en Samborondón.

Mi hermana me dice que a su amigo ‘el gordo’ le están buscando desde hace 15 días en morgues y hospitales de la ciudad. Dos semanas de dolor de cabeza y tos apabullante. Mis hermanas y mi hija Paula se preocupan y me llaman sin cesar.

Siempre con David, riego las plantas y, a veces, barro las hojas del árbol de mango. Pienso en un poema largo como la levedad de ellas y su fragilidad de tiempo. Guardo la mascarilla, me baño y continúo con el teletrabajo en jornadas interminables. Un poema largo se gesta en mi cabeza. Tengo miedo de escribirlo.

Correspondencia: 30/04/2020 – 11/05/2020

Siomara España (Paján, 1976). Poeta, ensayista y crítica literaria. Su obra ha aparecido en varias antologías de poesía ecuatoriana e hispanoamericana. Es autora de varios poemarios como *Concupiscencia* (El Ángel Editor, 2007); *Jardines en el aire* (Mar Abierto, 2013); *Construcción de los sombreros encarnados / Música para una muerte inversa* (Polibea, 2016); *Vigilia* (2018). Ha desarrollado los proyectos de investigación *El Canon: Escritoras y vidas dentro y fuera del canon* y *El amorfino. La cultura popular ‘montuvia’ de la costa ecuatoriana*.



Amanda Pazmiño

**UN ESTADO
DE QUIETUD**

He estado pensando en las últimas cosas que viví en Guayaquil: le di a mi sobrinita un cactus que pude recoger en Manta. Guayaquil es una ciudad ruidosa, dinámica, perpetua. En esa continuidad del movimiento, hay una sensación de libertad que se puede respirar. El andar se va forjando en el viento del trópico nocturno, igual de libre. Las plantas crecen de manera feroz incluso en los inviernos. Muchos diálogos me unen a la ciudad.

Durante la cuarentena estoy en la montaña del Itchimbia en Quito, un lugar de memorias de resistencia y espiritualidad a casi 3 mil metros de altura. Mi familia está en Guayaquil, ciudad que ha tenido un gran olvido por parte de las autoridades. La desigualdad es la pandemia. Han sido días de contención a través de medios tecnológicos. En la vibración de la voz puedes ver el rostro de quien amas.

Me recuerdo yendo a El Suburbio a visitar a mi mejor amiga, al sureste de Guayaquil. Con ella me sentía muy feliz. Al llegar a El Suburbio, ya las calles empiezan a tener una numeración. Hay tricimotos y dibujan una vida muy distinta a la ciudad. La cotidianidad es abierta y vulnerable.

Aquí no se cree en la educación porque no es prioridad, y cuestionar se vuelve peligroso. Pero mi mejor amiga estudió Literatura. Por eso yo sentía que habitar la casa de mi mejor amiga era habitar un espacio de resistencia. Un lugar de lucha y amor como respuesta a las violencias que existen a nuestro alrededor.

Cerca de la casa de la abuela de mi mejor amiga está El Estero. Hace muchísimo calor. Antes las personas podían bañarse ahí. Ahora mismo se

puede contemplar el agua o el atardecer y su tremenda fuerza. Hay que estar atenta al viento, que en Guayaquil es un milagro.

A nosotras nos gustaba dialogar de lo verdaderamente importante junto a El Estero. Quizá no importe nunca el lugar, pero en esta ocasión estoy en Quito. Imagino que ella y yo volvemos al Estero y le cuento que mi padre está enfermo.

—Este es un proceso. Tu palabra en la familia será importante —dijo como si soplara el viento. —Cuando debas decir lo que piensas: No pierdas la constancia. No pierdas la fe.

En Guayaquil la cuarentena empezó después de que se supiera que en el país había muchos contagios. Papá me había dicho que sentía los síntomas. Se hizo el examen de COVID-19. Papá estuvo muy pendiente de contarme los resultados. Transcurrieron cinco días. Cuando mi madre me contó la noticia por teléfono, sentí ese desgarramiento interno. En algún momento temí que papá pudiera morir.

—¿Qué es lo certero?

—Mi papá ha sido un hombre de fuertes convicciones y búsqueda espiritual.

—Sigue escribiendo. Refuerza tu pensamiento y tu corazón.

Mi papá tiene 59 años. Es un hombre de montaña. Nació en Ambato. Le brilla la mirada. No fue hospitalizado. Ya no tiene síntomas. Ya no tiene fiebre. Está en la habitación.

El insomnio a veces regresa. Van pasando los días de descanso intermitente. Estamos a la espera de un nuevo examen para confirmar su

recuperación. Yo procuro un estado de quietud. Este camino espiritual que he venido construyendo debe sostenerme y sostener.

Miro hacia adentro. Mi vínculo con el *ayllu* se ha fortalecido con la palabra. Fui a vivir a Guayaquil cuando estaba por cumplir tres años de edad. Tengo dos hogares en geografías distintas. Familiares de mis amigxs también luchan por sobrevivir. Y no es heroico.

Las mujeres de mi hogar en Guayaquil dialogan e interiorizan este proceso con paciencia. Resurgen. Juegan y hacen ilustraciones de versos que llaman al cuidado de la vida. Mi sobrina cuida de un cactus. Me dejo sentir como una mujer de montaña. La hija de mi hermana mayor pronto nacerá. Es el brutal triunfo de la vida. Con las bendiciones del Gran Espíritu, aquí estamos.

Correspondencia: 09/03/2020 - 11/05/2020

Amanda Pazmiño Torres (Quito, 1993) Escritora y docente de Inglés y Literatura. Primer premio Nacional de Poesía Ileana Espinel Cedeño 2019. Su poesía consta en las antologías *Metáforas de un cuerpo* (Dadaif Cartonera, 2014) y *Alma Adentro* (El Conejo, 2018). Publicó *Recorrido de abismo* (Despertar, 2017), plaqueta de poesía.



Solange Rodríguez

**PADRE, QUÉ AFORTUNADA SOY
QUE HAYAS MUERTO
HACE UN AÑO**

Te tuve padre, enfermo, con un padecimiento cerebral severo. Pasamos por varios hospitales y pudimos constatar que la salud pública siempre ha sido un desastre. Todas las cosas que debemos vivir en un hospital público no tienen lenguaje. ¿Dormir en el piso? Nadie nos dio nada, ni una silla.

Tuve que armar al pie de tu cama, en el piso, una especie de bolsa de dormir, y sobre ella colocar sábanas, colchas, y almohadas. En el hospital hace un frío que te hiela. Normalizas la situación y, sencillamente, habítas ese lugar. Y una queda profundamente enferma. Es la enfermedad de la que nunca te repones.

Padre, moriste en junio pasado luego de cinco años de soportar el deterioro de una enfermedad que te dejó sereno y quieto. No pudiste presenciar cómo ya no habría un ritual sosegado para la muerte. Y tu despedida, en ese entonces, tuvo flores, abrazos, el preciso tiempo de contemplación y ceremonia. Ahora, en Guayaquil nada de eso es posible, padre amado, porque la civilización perdió toda lógica, toda su dignidad y raciocinio. No hubiera podido tolerarlo. Hubiera gritado y golpeado. No hubiera podido dejarte ir sin besar tus manos hermosas y sin saber qué sería de ti o si llegaría a estar salvo.

Padre, qué afortunada soy de que hayas muerto hace un año y yo no haya tenido que identificar tu cuerpo entre una pila de fundas oscuras sin nombre, removiendo etiquetas para ver si te encontraba. Qué bueno que nadie te extravió. Qué suerte he tenido de no haber visto cómo tu cuerpo, tu amado cuerpo que amaba la belleza, empezaba a descomponerse ante mis ojos. Hubiera tenido que cubrirte con una sábana de cuadros para no verte o sacarte avergonzada de la casa. Qué bendecida soy, padre, por no colocarte en un frágil ataúd de cartón por el que deba dar las gracias o de que seas ceniza, como jamás quisiste.

Qué suerte haberte perdido antes, porque no hubiera sabido explicar por qué comemos fideos todos los días o por qué salgo vestida como El Eternauta¹ a nuestro sol nuclear, con esos lentes de soldadora, los guantes y la capucha. Padre querido, tal vez nos hubiéramos reído mucho, pero lo más probable es que lloráramos conmovidos, mirando los ciervos que ahora pasean tranquilos por las ciudades. Padre mío, el horror hubiera sido intolerable porque no hubiera sabido decirte, como si fueras un niño pequeño expectante, qué le ha pasado al mundo previsible en el que confiabas. Gracias, padre de mi sangre, por irte antes de este tiempo y no expirar en esta tierra incomprensible.

Estamos solos y no podemos esperar nada del Estado. Escucho a la gente de Guayaquil durante la pandemia y me recuerdan lo que atravesamos, padre. Tres meses con 15 días que nunca voy a olvidar. Es como encontrar la historia de tu partida en otras personas y es duro. No creo que nada vaya a mejorar. Creo que nos tenemos los unos a los otros.

Soy peatón de la ciudad del fin del mundo: Guayaquil reptante y humea hoy, como siempre. No sabemos si se ha vuelto inmune o está enferma de muerte. Pero es claro que perecerá en movimiento, con su último habitante vendiendo bambalinas.

Correspondencia: 31/03/2020 - 10/04/2020

Solange Rodríguez Pappé (Guayaquil, 1976). Escritora. Autora de varios libros de relatos como *Tinta Sangre* (Gato Tuerto, 2000); *El lugar de las apariciones* (2007); *Balas perdidas*, Premio Joaquín Gallegos Lara 2010; *La primera vez que vi un fantasma* (Candaya, 2017). Recibió el Premio Matilde Hidalgo por sus 20 años de trayectoria académica en el área de Artes Literarias.

¹ *El Eternauta* es una historieta de ciencia ficción creada por Héctor Germán Oesterheld y Francisco Solano López. Publicada en *Hora Cero Semanal* desde 1957 a 1959, narra la invasión alienígena a la Tierra mediante una tormenta de nieve tóxica que acaba con la mayor parte de la población, y la resistencia de sobrevivientes en Buenos Aires.



Steph Apolo

**ESTAMOS
APRENDIENDO A MIRAR**

El 18 de marzo cumplí 28 años. Estuve en Quito antes del toque de queda. Alcancé a comprar un pasaje para viajar a Guayaquil de regreso antes de que rigiera la restricción de movilidad interprovincial. Cuando llegué a Guayaquil, las mujeres de mi casa ya estaban organizadas para la cuarentena. Mi mamá Gloria, de 62 años, y mi abuela Dora, de 83, tienen discapacidad.

Enfermedades degenerativas sin cura. Dolores sobre todo en la rodilla. Pero mamá es independiente. Mi mamá tuvo H1N1¹ y quedó delicada de los pulmones. Enfermar de COVID-19 es una preocupación constante. Mi abuela está parcialmente ciega. Entonces, hay que estar presentes para que ella pueda ser independiente. Ella está aprendiendo a mirar de otra manera. Todas estamos aprendiendo a mirar.

En la normalidad, yo participo en los espacios comunes. Todas trabajamos. En tiempos de cuarentena hay que cubrir las necesidades de alimentos y limpieza de la casa. Además, cuidamos de tres gatitos, dos perritos y dos tortugas.

El barrio donde vivimos está dividido por puertas. Los vecinos decidieron poner puertas en la calle principal para que, cuando ingrese, tengas que pasar por una garita. Había guardias, ahora ya no. Hace unas dos semanas me enteré de que un vecino estaba enfermo. Fue el colectivo de vecinos que se encargó de informarnos el número de puerta, que el vecino había dado positivo a la prueba de COVID-19, y

¹ El virus de H1N1 causa infección respiratoria y registró en 2009 un nivel pandémico, a diferencia de la gripe estacional que ha circulado entre los seres humanos desde 1977, informó la Organización Mundial de la Salud.

que su familia se encontraba en cuarentena. Los vecinos de ‘su puerta’ se organizaron para que esa familia reciba alimentación y no tenga que salir de la casa.

Tuve miedo de infectarme, de que pudiéramos enfermar porque, al inicio de esta cuarentena, la epidemia parecía bastante lejana. «Tal vez no nos pase. Debemos tener cuidado» —me repetía en silencio. «¿Por qué nos pasaría a nosotros?» —me preguntaba. Ahora todos tienen un familiar enfermo o conocemos a alguien que ha muerto. La COVID-19 entraba en mis círculos personales hasta que enfermó a mi papá.

Mi papá es taxista. Es un trabajo en el que está en contacto con mucha gente. En Guayaquil, el servicio de taxi debe tener aire acondicionado, si no la gente prefiere no subir. El taxi es un espacio cerrado, chiquito. Mi papá suele transportar a unas enfermeras que, por suerte, le dieron implementos para que pueda cuidarse, como mascarillas y guantes. Igual contrajo el virus.

Es un hombre bastante saludable, mi papá; no tiene historial médico. Por eso no sabíamos cómo estaba su corazón ni sus pulmones. Vive en la Martha de Roldós. Un día, hablando por teléfono, me contó que se sentía mal. Le dolía la garganta. Había tenido diarrea. Se estaba descomponiendo como si tuviera algo malo dentro. La voz se le empezó a quebrar. Vino hasta mi casa en su taxi. Lo vi a poca distancia y le dije: «Usted se ve muy enfermo». Él lo negó como queriendo no aceptar su situación. Decía: «Yo limpié con cloro y eso me hizo daño». Pasaron algunos días y papá aceptó ayuda. Al inicio parecía que solo necesitaba un par de cositas. Él no quería molestar.

Nosotras no tenemos presupuesto para ayudar a papá a costear una prueba de COVID-19. Tampoco nos atendieron en el Ministerio de Salud Pública. Para ayudar a papá, la familia se organizó. En la familia hay algunos médicos. Contactamos con mis primos y preguntamos. Uno de ellos es médico en Estados Unidos y está atendiendo a pacientes enfermos de COVID-19. Gracias a una consulta en línea pudo conocer los síntomas de papá. El médico dijo que posiblemente se trataba de COVID-19 y se comprometió a darle tratamiento.

Sabiendo que el contexto en Estados Unidos y en Ecuador no permitía hacer pruebas y conocer de inmediato los resultados, le recomendó alta hidratación y paracetamol. Cosas que le ayudaron a sostener por un tiempo, pero luego tuvo una gran decaída. Fue alarmante verlo desmejorar porque él no es un hombre enfermo.

Mi papá tiene 61 años. Lleva apenas unos meses dedicado al taxismo. Es chofer profesional. Es electromecánico. Vive solo. ¿Cómo llevarle comida? Estamos en pleno toque de queda. No tenemos auto. Pedimos cooperación de nuestra familia para que actúe en red. Atendimos a papá a través de ayuda y más ayuda. Le hicimos llegar comida creyendo que tendría fuerzas para cocinar. No podía hacerlo. Cuando empeoró y estuve muy mal, pasó dos días sin comer.

No teníamos cómo comunicarnos más que por el celular. Eso fue lo más desesperante. Debimos esperar básicamente que despertara y nos respondiera. Esperar que nos diera una luz de que está bien. ¿Qué hacer? Los tíos de Cuenca depositaron dinero en mi cuenta al que está vinculado el préstamo estudiantil. Al día siguiente, la ins-

titución pública hizo el cobro sin importar la emergencia en la que estamos. Rabia.

En esos días, un video que el gobierno difundió con el título “Ataúdes para generar pánico”, el 7 de abril, desmentía a los vecinos de la Martha de Roldós. Linda Cáceres describía el abandono de un ataúd en la esquina de su casa, ubicada en la 23 y la R (de lado de la 29). Dicen que fueron los propios policías que, tras llevarse el cuerpo del sector, dejaron el ataúd. Una Fuerza de Tarea Conjunta atiende la emergencia mortuoria.

Buscamos la ayuda del médico de mi mamá. Le envié una nota de voz explicándole el estado de mi papá. Nosotras no queríamos ir a un hospital porque sabíamos que no habría atención. Porque no hay camas. Porque el sistema de salud está colapsado. Intentamos retrasar todo lo posible la necesidad de un hospital.

Conversé muchas veces con el doctor de mi mamá. Yo percibo la medicina desde una forma más integral porque también estoy enferma. Es mi corazón y las emociones que han pasado a manifestarse en un plano físico. Mi cuerpo, mis enfermedades, son la prueba de que debemos hablar de la salud y la medicina.

«Si lo creen conveniente, medíquenlo en casa» —respondió el médico, enviándonos el protocolo de atención con el detalle de cómo se toman las medicinas. «¿Cómo está su corazón?». Me habló de la urgencia de hacerle un electrocardiograma al corazón de papá. La mezcla de medicinas es muy agresiva para el corazón.

Papá estaba muy asustado. 17 días con síntomas. Sentía que iba a perder la vida. Papá es una persona cargada de mitos sobre la ciencia. Cree en la medicina alternativa y muchas veces nos recetó cloruro de magnesio para los huesos. En una nota de voz decía: «Disculpen por no responder antes. Acabo de despertar. Me quedé dormido cuando se me pasó la desesperación». A lo largo de mi vida, vi a mi papá una o dos veces enfermo.

Cuando conseguimos la medicina, él empezó a mejorar. No tuvo que usar la medicación. No ha tomado más que paracetamol. No hay prueba de que papá haya tenido COVID-19. Pero él afirma: «Yo tuve COVID-19. Yo tuve dengue. Nunca estuve tan enfermo». Se siente como un sobreviviente. Se siente muy feliz. Cuando me vio llegar a su casa a dejarle comida, casi me abrazó.

Sé que vivo una realidad particular. Tengo mis posturas políticas. Soy crítica. Mi entorno también es así. Espero que haya un despertar de la conciencia política, afectiva, emocional, sobre la importancia que tienen los cuidados colectivos. Espero y deseo un malestar suficientemente fuerte que nos haga cambiar. Siento que asistimos a una fiesta de pueblo donde la alcaldía es el prioste. Es una gran feria con maquillaje. Pero cuando regresamos a nuestras casas hay miseria. La fiesta se acabó cuando empezó la COVID-19.

Correspondencia: 09/04/20 - 10/05/20

Steph Apolo (Guayaquil 1992). Artesana, educadora popular, poeta y activista. Cocreadora de Dadaif Cartonera y el colectivo de acción literaria El Último Jueves. Relacionada con el arte callejero y el arte-activismo, sus textos aparecen en *Cerrado Por Reparaciones* (Dadaif Cartonera, 2012), *Desembarco Poético Pleamar 2* (Cadáver Exquisito, 2013), *8 Poetas Ahorita* (2014) y *90 Revoluciones*, antología de poesía de escritores nacidos en los noventa (Mecánica Giratoria, 2015).



Marcela Noriega

**LA CUARENTENA
NO NOS IMPACTA**

Hace un año y medio me mudé a Guayaquil junto a mi pareja, Mauro, después de vivir tres años en la montaña (Vilcabamba) y un año en la playa (Puerto López). Esos años en la naturaleza nos permitieron adentrarnos en otra manera de pensar, sentir y vivir.

Comíamos de nuestro propio huerto y nos hicimos vegetarianos. Cambiamos hábitos de consumo y formas de divertirnos. Por eso la cuarentena no nos impacta. Hemos creado juntos seis libros, así como otros productos y servicios.

Vivo alejada de las distracciones del mundo. No recuerdo la última vez que fui al cine, a un bar o a un concierto. Nunca he visto Netflix, no sigo series, ni juegos ni veo televisión. Un mes antes de la cuarentena empecé a hacer ejercicios diarios de respiración (técnica de Wim Hof) para fortalecer los pulmones y el sistema inmune.

Mi compañero empezó —«por evitar contagios de cualquier cosa»— a salir a la calle con mascarilla cuando nadie más lo hacía. Le miraban raro. Lo cierto es que sentíamos cómo cada día aumentaba la densidad de la energía en la calle, tanto que al regresar nos sentíamos tan agotados que dormíamos algunas horas para recuperar las fuerzas. Algo oscuro palpita en el ambiente.

Yo sentía la muerte en las calles. En las últimas semanas nos recluimos aún más. Vimos cómo el evento se iba acercando, hasta que nos rodeó a todos. La otra señal fue que, durante todo un día, en nuestra ventana se posó una mariposa café. La mariposa vino a decirnos que la transformación estaba cerca. Al día siguiente se declaró el toque de queda.

Vivo de cerca el proceso del despertar espiritual de la humanidad, y he estado trabajando en esto desde 2013, cuando viví mi propio despertar, y empecé a hacer talleres de Introspección. En los últimos años, mi mayor trabajo —además de hacer libros— ha consistido en ofrecer acompañamiento espiritual a personas que lo requieren, ya sea en talleres o en sesiones individuales.

Mi trabajo en este encierro es sostener a las muchas personas que buscan respuestas a nivel espiritual. Yo termino exhausta casi a diario. Recibo audios, mails, llamadas de personas que necesitan saber algo que siempre tiene que ver con ellas mismas, que me cuentan sus sueños, que me piden consejo, consuelo, respuestas. Como guío el proceso espiritual de muchas personas al mismo tiempo puedo ver de cerca los milagros, sincronicidades, sanaciones, intervenciones divinas que van ocurriendo en sus vidas.

La necesidad espiritual es gigante y yo hago este trabajo porque estoy preparada para hacerlo. Lo hago desde una compasión infinita por mí misma. Porque me veo a mí misma en cada persona y le tiendo una mano a mi yo del pasado en cada respuesta que doy. Es un trabajo que voluntariamente me ofrecí a hacer antes de encarnar. Muchas personas que tienen esta misión de sostener espiritualmente a los demás en las épocas más duras somos conscientes de que vinimos a hacer esto. Por eso no tengo hijos, ni compromisos, ni me interesan los bienes materiales. Para lograrlo, uso las herramientas de autoconocimiento que he estudiado, la introspección, la meditación y la escritura, y las pongo al servicio de todos. Mientras dure esta transición estoy en servicio permanente.

Y hago las cosas de la casa: cocino, limpio, lavo la ropa a mano también como una práctica espiritual. Practico meditación, canto, hago tai-chi y ejercicios de respiración. Y hablo con mi madre también a diario.

Económicamente, nos ha ido mejor que antes. Mauro y yo sabíamos que el sistema financiero basado en billetes podía derrumbarse, así que alrededor del 70 % de mis ingresos por los talleres de escritura que hice los últimos meses, los invertí en comprar oro y en traer de Alemania una máquina para producir oro coloidal,¹ una tecnología que mi compañero conoce. Él ya hacía plata coloidal (antiviral), así que desde el inicio de la emergencia sanitaria las ventas aumentaron. Además, una semana antes de la cuarentena, una persona en Suiza, con quien habíamos hablado para hacer un libro, nos hizo un giro como adelanto. Sentí eso como una señal de que algo grande pasaría.

Tal vez el encierro potenció la introspección, pero todos ya veníamos trabajando en nosotros mismos. Precisamente cuando estás imbuida en tu propio proceso de autosanación, lo externo no te afecta tanto. La pandemia no nos ha tocado de cerca porque teníamos la atención puesta en otro lugar.

Este es un período en el que veremos muchas muertes en todo el mundo. Pero la muerte no la decide un hecho fortuito ni un virus, es una

¹ Oro coloidal o nanopartículas de oro es una solución que se usa como estimulante y rejuvenecedor de células y se usa para mejorar el sistema inmunológico.

decisión individual tomada de antemano por el alma. Sin muerte o sin transformación no hay evolución. Sé que a la mayoría le cuesta —vivir en cuarentena—, pero también sé que el mundo no podía seguir como estaba.

Correspondencia: 31/03/2020 - 12/05/2020

Marcela Noriega (Guayaquil, 1978). Periodista. Escritora. Docente. Autora de *Paredes de mi cuerpo* (2012); del poemario ganador de la Bienal de Poesía en Cuenca 2010, *No hay que dar voces*. Es autora de las novelas *Pedro Máximo y el círculo de tiza* (GEEPP, 2012) y *El guardián de Jaboncillo* (Academia Editores, 2019). Publica *Historias que contar* (2013), libro de crónicas y ficción.

Gustavo Calderón

**JUGAR
A VENCER¹**

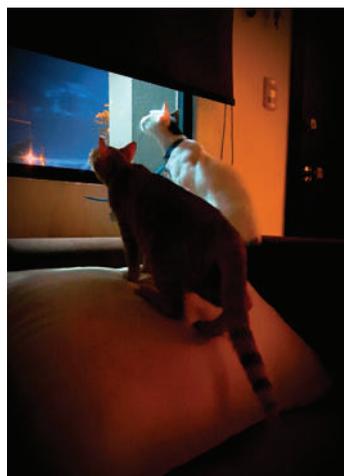
¹ Los testimonios, hasta aquí recogidos, han sido producto de varias conversaciones con los escritores. Esa ha sido la metodología general para esta publicación. Gustavo Calderón escribió el presente texto como registro de la primera salida del confinamiento el 13 de marzo de 2020, y lo envió como respuesta a la entrevista.



El país que quiero es mi casa porque en ella está lo que más quiero.

Aquí mi pueblo. Yo soy el Estado. El estado de las cosas que deben suceder para sobrevivir hoy, pensando en mañana, porque hoy y mañana y pasado mañana permaneceremos encerrados, somos esa clase de víctima con dejos de violencia pasiva y humana.

Soy lo que debiera ser y lo que soy es.



Antes de despertar, despierto, soy el amo de la casa, el dueño del tiempo, la escoba, el trapeador, el arenero, el dictador, ellos lo saben, no podemos engañarnos. No es la mirada hacia la nada sino de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Yo también miraba el cielo, porque el polvo que somos no pertenece a la tierra.

Mi labor es única, me preparé hasta ahora para esto, yo no puedo morir ahora, los muertos se quedan afuera; mi cora-

zón late con pena, pero la desecho, aquí no entra la muerte y, para ser justos, tampoco dios entra. Mi madre me decía, en aquellos años jóvenes, cuando siempre era necesario salir a trabajar, y uno imberbe quedaba solo en casa, a merced de la soledad, del hastío, de la duda y de la tentación: aunque baje dios de los cielos y te diga 'abre la puerta', la puerta no se abre.

En ese tiempo dios era el invencible paladín que hasta entonces nos habían inculcado, y era mi madre con aquella sencilla disposición la que podía con él, porque mi madre tenía la cabalidad, tenía la facilidad de hacerme comprender que era ella la que iba a volver y tenía que encontrarme adentro.

Pues ya estamos adentro.

Y mi país entra en el estado de mi estado, empiezo a acometer las labores que hoy salvarán a mi pueblo.



Empiezo por cortar la masa que golpeé dos días antes, y permaneció en el horno como si del infierno se tratase, al fin y al cabo, hay que aprender la técnica de Wim Hof, a vivir en todas partes, enfrentar al destino, tomar al ciervo por las astas, me doy abasto, no reniego, hay que tener ojos y manos y piernas en todos lados, no me queda más que seguir al frente, tengo mi propio Vietnam para jugar a vencer.

Puré de verdes verdes, rodajas de pan, el agua que llenó la olla grande hirviendo; no puedo quedarme quieto, no hay tiempo para decaer, parte del pueblo todavía duerme y yo no debo esperar tener las manos vacías. ¿Qué día es?



No importa, siendo el mismo que soy siempre fui diferente, el mundo cambió, la puerta sigue cerrada, es tiempo de ver por las ventanas...

Colgados del ciruelo los verdes maduraron, se hicieron dulces al amanecer que cae sobre el patio, esa miserable porción de tierra que, como si nos hicieran un favor, compramos.



Es evidente la evidencia, no me importa, robé, sí, pero ellos mintieron, la obra siempre pertenece al pueblo, me disfracé, subí al puente, corté los alambres y triunfé. Mi mundo puede parecer abandonado, pero no mi conciencia, ya la flecha laceró mi carne, la espada cortó mi cabeza, olí mi carne quemándose en la hoguera, lo único que me consuela es que a pesar del dolor alguna vez me perdonó el olvido.

Lo que no perdona es el reflejo, no es posible escapar del alma, a la izquierda talla el detergente la garganta del que tose, a la derecha pasa cantando el que no padece nada. Veamos, estamos saturados por ideas inservibles, ahora nos cayó la verdad encima, la navidad no existe, porque nada de lo que abole al hombre merece ser verdad.



Afortunadamente, la alacena guarda lo que aguanta.

Celebro ser quien mata el hipopótamo que llena habitación, confieso que no me agradan mucho los peruanos, pero gracias por nacer Vargas Llosa, celebro que ciertos españoles compran vino al granel a los italianos, porque de esa manera tengo



vino barato en mi mesa, celebro ser parte del engaño de todo aquello que viene empacado porque entonces el tiempo de caducidad se extiende, y aunque el foco pereció, cumplió su ciclo durante 5 años, por eso debemos resistir siendo luz, dando gracias a lo verdadero e importante.

Si yo no fuera yo estaría asustado.

Por eso tengo mi vajilla separada, el estado no tiene permitido contaminar al pueblo, ni puede darse el lujo de mentir a sus semejantes, acá la cosa es clara, al hombre lo que es del hombre.



¿Ves la diferencia? ¡No me vengas con cuentos!



Aquí lo que importa es que a pesar del veneno

Puedas seguir oliendo el cloro. Y debes ajustar tu medida a la talla de las circunstancias,

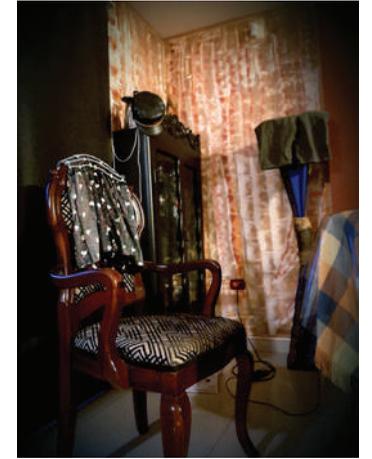
Sabrás entonces que sigues vivo y que todo aquello que haces no es para satisfacer tu ego, ni ser importante, sirve

solo para estar listo y preparado para atender las necesidades de quien en realidad lo necesita.



Correspondencia: 07/04/2020 - 14/05/2020

Gustavo Calderón (Guayaquil, 1970). Premio de poesía auspiciado por la Fundación Nueva Generación en 1996 y primer lugar con el poemario *Tierra del medio* en el concurso de poesía MOUSA, organizado por la Universidad Laica Vicente Rocafuerte en 2012. Es autor en poesía del libro *Si cielo o polvo* (Editorial ULVR-G, 2013), que reúne los poemarios *Tierra del medio* y *Palabras de María*. En narrativa publicó el libro de cuentos *Reunión nocturna* (Editorial Libresa, 1999).



En su memoria

†	Rodrigo Pesántez Rodas	poeta
†	Oswaldo Vergara	músico
†	Elio Armas Valencia	fotógrafo
†	Vicente Borbor Suárez	bailarín
†	Nino Cassanello Layana	médico
†	Nora Guerrero	escritora y bailarina
†	Leonardo Vicuña Izquierdo	ensayista
†	Charles García Plúas	escritor
†	Pepe Luque Medina	caricaturista
†	Jessica Cerezo	productora audiovisual
†	Augusto Itúrburu Carabajo	periodista
†	Giovanni Coppiano	payaso
†	Jorge Manzano Vela	científico



Hay palabras que se salvan de la ceniza
palabras-ramas del tiempo que habitan
y después de este permanecen
porque cuentan nuestra
historia

Esta publicación es una coedición entre Mecánica Giratoria
y la Universidad de las Artes del Ecuador,
bajo su sello editorial UArtes Ediciones.

Guayaquil – Ecuador
Publicación Digital

Familias tipográficas: Uni Sans y Merriweather
2020

En este libro se narran las historias de:

María Paulina Briones · César Eduardo Galarza

Clara Medina Rodríguez · Juan Carlos Cucalón

Francisco Santana · Alice Goy-Billaud

Nicolás Esparza · Jéssica Zambrano

Carlos Luis Ortiz · Luis Carlos Mussó

Laura Nivelá · Tatiana Landín

Diego Zaldumbide · Andrés Emilio León

María Cecilia Velasco · Cristian Avecillas

Siomara España · Amanda Pazmiño

Solange Rodríguez · Steph Apolo

Marcela Noriega · Gustavo Calderón

